

# MISCELANEA

## *IN MEMORIAM, FAUSTO AROCENA*

El 16 de diciembre de 1980 fallecía en Donostia, donde había nacido hace 84 años, don Fausto Arocena Arregui.

Más que ninguna publicación este BOLETIN estaba obligado a dejar constancia de su desaparición porque fue uno de sus fundadores en los azarosos años 40, y uno de sus colaboradores más asiduos.

Como historiador nos ha dejado una obra extensa y minuciosa, Basta consultar la BIBLIOGRAFIA de Jon Bilbao para percatarse del alcance de ella, dispersa en todo clase de publicaciones. Su campo de interés se centró preferentemente sobre Guipúzcoa, de cuyo pasado estaba reputado de ser una de las primeras autoridades, por no decir la primera.

Ante todo y sobre todo fue historiador, historiador de archivos, investigador de fuentes de primera mano. Incluso sus obras de síntesis, la mayoría de ellas son recopilación de trabajos de investigación, con la ordenación y aderezo correspondientes, como es natural. Cultivó también otras facetas: poeta (en euskera y castellano), narrador, incluso publicó en su juventud una novela hoy del todo olvidada, etc.

En sus comienzos tuvo la suerte de trabajar a la vera de uno de los renovadores de la historia vasca: Serapio Múgica. Trece años de trabajar juntos en la catalogación de archivos, amén de otros trabajos en los que aparecían unidos en la autoría de obras publicadas, fueron sus años de aprendizaje. Y en verdad, el discípulo fue aventajado a más no poder. Don Fausto gustaba de llamar a Don Serapio su maestro. Le substituyó en el cargo de Archivero y Cronista de la Diputación de Guipúzcoa, y prosiguió la obra emprendida por aquél.

En esta faceta de archivero su empresa más notable fue la creación del Archivo de Protocolos en la Universidad de Oñate. Reunió centenares de legajos que estaban dispersos y poco menos que abandonados en algunos camarotes de juzgados, y los ordenó y catalogó con la colaboración de José Manuel Imaz, ofreciendo a los investigadores un instrumento de tra-



bajo nunca lo bastante alabado. Aparte de esta labor realizó otra callada y poco conocida de recogida de materiales referentes a Guipúzcoa, dispersos por los archivos del estado español. En aquellos años en los que una microfílmadora era el sueño irrealizable de todo archivo, don Fausto, armado de una vieja *leyca*, solía recorrerlos y microfilmarnos en plan puramente artesanal. En el Archivo de la Diputación estarán las decenas de rollos que cosechó en sus muchas correrías allende del Ebro. Sería buena labor el ordenarlos y ponerlos a disposición de los investigadores.

En esta miscelánea que quiere ser un modestísimo recordatorio y homenaje al mismo tiempo a la personalidad de Don Fausto Arocena, gran historiador y organizador como acabo de indicar, creo de justicia que es necesario resaltar de un modo especial otra faceta, quizás la más importante, sobre todo para quienes tuvimos la suerte de tratarle personalmente a lo largo de muchos años.

Físicamente don Fausto era un hombre de aspecto débil, recatado, más que humilde, modesto. No hablaba mucho, y cuanto lo hacía, lo era apresuradamente, con cierto nerviosismo. Y bajo esta apariencia de no ser gran cosa, se encerraba un pozo de ciencia histórica. Sus conocimientos estaban siempre a disposición de cuantos acudían a él en demanda de consejos y ayuda. Y eran muchos, y de las más variadas condiciones (investigadores famosos, modestos aprendices de la historia...) quienes llegaban a su despacho del tercer piso del Palacio de la Diputación de Guipúzcoa solicitando orientaciones, bibliografía, datos sobre cualquier aspecto de nuestro pasado. Siempre estaba dispuesto a ayudar. Y lo hacía desinteresadamente y con la mejor voluntad. Algunas veces hasta ofrecía en primicia algún hallazgo, fruto de sus investigaciones. Don Fausto no era de esos historiadores avaros y celosos que esconden datos a un posible *competidor*...

Su despacho se convirtió, para cuantos acudieron a él, en una especie de cátedra donde se impartían informalmente lecciones de alta historia vasca. Soy testigo de este magisterio. Recurrí muchas veces solicitando consejos y ayuda, y siempre salí satisfecho. El fue quien me inició en mis primeras andaduras en el campo de la historia. De él recibí lecciones que nunca olvidaré. Por eso le tengo por mi maestro. Mientras viva estaré agradeciéndole lo que me enseñó.

En los años oscuros de la postguerra, en los que todo lo que oliese a vasco era sospechoso y mirado con recelo, Arocena fue de los pocos que, aquí, mantuvieron viva la llama de nuestro pasado. Su indiscutible amor a Euskalherria, lejos de toda bandería política, se tradujo en una labor callada, discreta, pero perseverante y eficaz. Fue de esos hombres puente que



sirven para enlazar el pasado con el presente, salvando épocas nada propicias para nuestro pueblo.

Hombre puente, pero también, y sobre todo, creador de obras que quedarán como pilares de la historiografía de Guipúzcoa.

I. Z.

### *DON LUIS JESUS DE ARIZMENDI Y AMIEL (1912-1981)*

Don Luis Jesús de Arizmendi, ya no está con nosotros. En plena facultad intelectual, cuando nada podía presagiarlo, se produce la pérdida de este ilustre amigo, cuya vida y obra son suficientemente conocidas.

Superando la pesadumbre que, en todos y cada uno de nosotros, haya ocasionado su desaparición, nos apresuramos a escribir estas líneas en memoria del fallecido, con el que desde 1949 colaboramos estrechamente en muchas ocasiones.

Un mes escaso antes de su inesperada muerte cambiamos las últimas impresiones acerca de un libro sobre San Sebastián cuyo contenido es revelador del amor que profesaba a su ciudad y de la consagración por entero a su especialidad profesional en la misma. Una disposición de ánimo más saliente de nuestro buen amigo era su exaltación donostiarra, como heredero directo de una raza de vascongados de fuerza incontrastable y de sentimientos de amor a su tierra, formados culturalmente, circunstancia que les permitió con su progresiva actividad sentar el imperio de las costumbres puras y virtudes conservadas.

Nacido en San Sebastián el 4 de abril de 1912, recibió el bautismo en la actual catedral del Buen Pastor, haciendo los estudios del bachillerato en el colegio hispano-francés de San Bernardo (Ategorrieta) en la ciudad natal, de cuyo ayuntamiento fue arquitecto-jefe desde 1949 hasta 1969, que se jubiló voluntariamente, tras de haber servido a la corporación durante veintiocho años consecutivos, por ingreso en 1941, previamente de tener cumplidos sus deberes militares en la guerra civil (1936-1939), en la organización de infraestructura del ministerio del aire, dedicado en distintas regionales a la construcción de aeródromos y dependencias de la misma, lo cual le valió para poner en práctica, al fin de su carrera, los dotes de arquitecto y al propio tiempo adquirir un gran dominio en obras de esta especialidad, que alternó proyectando y dirigiendo otras de edificios en Valladolid.

El 8 de septiembre de 1939, contrajo unión matrimonial con doña



Mariana Barnes Calderón, dama culta, sencilla y de una gran personalidad, nacida en Madrid el 2 de julio de 1917, hija de don Domingo Barnes Salinas, eminente pedagogo, hombre de estado, destacado en la política y en la diplomacia, y autor de varias obras<sup>1</sup>, y nieta materna de don Alfredo Calderón y Arana, nacido en Madrid el 5 de mayo de 1857, periodista de fecunda labor en la prensa y en libros impresos, producto de su brillante pluma, fallecido en Valencia en 1907<sup>2</sup>.

Ejerciendo de fijo la profesión en el municipio donostiarra, proyectó y finalizó Arizmendi con resultado feliz, en 1947 la importante reforma y acondicionamiento del Gran Casino para convertirlo, sin desvirtuar sus peculiaridades arquitectónicas, en la casa consistorial de la ciudad<sup>3</sup>, ensalzando sus salones interiores y transformando sus proximidades en la parte exterior que se encuentran servidas con los bellos jardines y fuentes en los terrenos acotados que la circundan en su parte principal y el hermoso espacio ampliado de la calle de Igentea.

Advertido el ayuntamiento del esfuerzo realizado y de la magnitud del proyecto, había felicitado oficialmente al interesado en su sesión de la comisión permanente de fecha 25 de agosto de 1943.

Además, en aquella ocasión, remató el trabajo, consiguiendo en los bajos, con admirable solución, las Salas Municipales de Arte, que tuvieron su apertura el 4 de diciembre de 1944 y magnífico desarrollo durante su mandato, ya que en ellas cristalizaron iniciativas de índole artística dignas de todo encomio.

Construcción suya fue asimismo el gran salón municipal de exposiciones, inaugurado —con una exhibición de productos exportados por la «Operación G»— en 1951, en cuyo trabajo hubo de efectuarse, conservando su esencia externa, el vaciado de la terraza de la casa consistorial, logrando la soberbia consecución de una dependencia de mil doscientos metros cuadrados de superficie, escalonada por una gran columnata y decorada sobriamente<sup>4</sup>. Aunque su naturaleza ha sido alterada, el uso de este local tiene innumerables aplicaciones, de acuerdo con su concepción. En reconocimiento

<sup>1</sup> Su relación, así como su pequeña biografía, figura en la *Enciclopedia Universal ilustrada Europeo-Americana*, de Espasa-Calpe, S. A., 1930, t. I, Apéndice, p. 1.332. Y en la *Nueva Enciclopedia Sopena, Diccionario ilustrado de la Lengua Española*, Editorial Ramón Sopena, S. A., Barcelona, 1962, t. I, p. 764.

<sup>2</sup> Su biografía conocida que lo acredita está en la misma *Enciclopedia cit.*, publicada por los Hijos de J. Espasa, Editores, t. X, p. 664.

<sup>3</sup> Jesús María de Arozamena, *San Sebastián, Biografía sentimental de una ciudad*, Madrid, 1963, p. 373.

<sup>4</sup> María Oyarzun, San Sebastián, *Sus calles y principales monumentos*, San Sebastián, 1951, pp. 97 y 98.



al brillante fin de este proyecto, le fue concedida por el Estado la Encomienda de la Orden del Mérito Civil, constando en acta de 19 de octubre de 1951 la satisfacción unánime del ayuntamiento por el alcance de esta distinción que, de este modo, era también considerada la laboriosidad infatigable desempeñada por el interesado al frente de la jefatura de su cargo en la corporación y las beneficiosas iniciativas y proyectos prácticos puestos de manifiesto en bien de la ciudad. La imposición de esta condecoración se hizo públicamente por el alcalde el 19 de enero de 1952.

En provecho de la capital colaboró decididamente en el ayuntamiento a la elaboración de su Plan General de Ordenación *San Sebastián futuro*, expuesto al público en 1950. El mismo, meditado con gusto, pretendía resolver los problemas urbanísticos principales de San Sebastián, partiendo de la base de un estudio profundo y documental hasta entonces desconocido; pero, en el momento, sólo valió, como orientación, para marcar las directrices del futuro de la urbe y de determinado conjunto de unidad comarcal, correspondiendo a como rezaba en el proyecto<sup>5</sup>, y, posteriormente, sin duda, para enterar al general aprobado el 6 de septiembre de 1962<sup>6</sup>.

Desde enero al 27 de mayo de 1963, por marcha del ingeniero titular don José Zuazola, hasta la incorporación del señor Gárate Ertvi, simultaneó sus obligaciones de arquitecto con las de la jefatura de vías y obras del Ayuntamiento. El 23 de enero de 1965, por ausencia del señor Gárate Ertvi, volvió a ocuparse, interinamente, hasta el 21 de diciembre de 1966, que causó alta don Fermín Altuna, de los mismos servicios, teniendo en este tiempo a su cuenta, entre otras, la resolución de importantes cuestiones de reconstrucción y debido mejoramiento de las instalaciones de la playa, dañadas por los temporales de mar sufridos al comienzo del año, por cuya eficaz y rápida resolución logró una expresiva felicitación de la permanente municipal. Su actividad en esta ocasión dio asimismo preferencia, con la ayuda financiera de la Dirección General de Arquitectura del Ministerio de la Vivienda, a disponer y construir el primer paso subterráneo de peatones de San Sebastián, que permite la travesía, bajo tierra, de la calzada de Miraconcha y el acceso o salida de la playa, por medio de una escalera metálica helicoidal de excelente resultado. En este intervalo, con idéntica obligación por parte del Estado y el patrocinio de la Caja de Ahorros Municipal de la ciudad, hizo igualmente, en la Perla del Océano, la primera

<sup>5</sup> *Plan General de Ordenación Urbana de San Sebastián, 1950.*

<sup>6</sup> En desacuerdo en cuanto a conceptos sustanciales de éste, que no compartía, en 1959 retiró su participación en el mismo. Su opinión particular está contenida en una amplia memoria, redactada en junio de aquel año, en la que informaba con precisión sobre los puntos de más valor para su ejecución.



piscina cubierta, abierta el 9 de julio de 1966. La misma, por su forma moderna y por su situación, cumple un propósito estético y un uso social de índole deportivo de trascendencia <sup>7</sup>.

Por su indudable utilidad, destacaremos, así bien, el interés suscitado en 1966 por el ambicioso proyecto de aparcamiento subterráneo en los jardines de Oquendo de su iniciativa, presentado en el Ayuntamiento donde por sus detalles y perfección mereció muchos plácemes. Capaz para guardar seiscientos cincuenta vehículos, permitía entonces la solución al crecimiento progresivo de tráfico automovilístico. La financiación del elevado presupuesto fue encauzada por conducto de la decisión privada en la modalidad administrativa dispuesta por el Ayuntamiento <sup>8</sup>. Construido e inaugurado el 5 de julio de 1968, fue el siguiente en su género efectuado en España después de los únicos existentes en Madrid y Barcelona. Merece al efecto destacar la celeridad con que se llevaron las obras y el cuidado que se tuvo en no proporcionar molestias a la población. La visión de superficie en su aspecto original quedó semejante y superior en estética <sup>9</sup>. Esta idea figuraba entre otras varias de una relación que tenía estudiadas de *motu proprio*, como son el de aparcamiento de San Martín (elevado y de usos múltiples: mercado, parque y parque infantil en la cubierta y helipuerto de emergencia) <sup>10</sup>; el de la plaza de los Soldados, plaza del Sauce y plaza de Cataluña, éste, aprobado por último el 29 de noviembre de 1968 <sup>11</sup>. La intención de hacer esta arquitectura de estructura subterránea le provenía de la realidad del crecimiento constante del tránsito y de su anhelo de aprovechamiento del subsuelo, estando orientada en especial a la creación de vías de enlace interpuestas a distinto nivel para vehículos y peatones, todo lo cual pasará sin duda a la historia del urbanismo local. Inquietud suya fue asimismo la salvaguardia de la fisonomía actual de la ciudad, en contra sobre todo del auge innecesario de los derribos de edificaciones y subsiguiente acumulación del casco urbano, así como el respeto al espacio aéreo correspondiente a la comunidad, en cuyo sentido expuso su criterio directamente al Ayuntamiento y en reiteradas comunicaciones y artículos publicados <sup>12</sup>.

<sup>7</sup> *Boletín de Información Municipal de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Sebastián*, enero a diciembre 1966, núms. 29-32, p. 72.

<sup>8</sup> *Boletín de Información cit.*, julio a diciembre 1967, núms. 35 y 36, p. 16.

<sup>9</sup> *Boletín de Información cit.*, enero a diciembre 1968, núms. 37-40, pp. 79-80.

<sup>10</sup> *Boletín de Información cit.*, enero a diciembre 1966, núms. 29-32, pp. 42-43.

<sup>11</sup> *Boletín de Información cit.*, pp. 42-43.

<sup>12</sup> *Boletín de Información cit.*, abril-diciembre 1964, núms. 22-24, pp. 17-19; *Activités en Pays Basque*, revue mensuelle editée par la Chambre de Commerce et d'Industrie de Bayonne, février 1966, núm. 192, pp. 6-12; y *Arquitectura*, órgano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, año 6, núm. 69, septiembre 1964, pp. 7-15.



Una muestra de su gran sensibilidad por la conservación de las buenas cualidades urbanísticas de la ciudad, es la bien cuidada construcción del edificio ampliación de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, realizada con el pleno asenso de la propia entidad.

Manteniendo una correcta ordenación, la materia de dorada arenisca de la edificación que la distingue permite que su conjunto, al ser iluminado por la noche, ofrezca unos agradables contrastes de luz y sombras.

Partiendo de la organización de los «team-work» (equipos de trabajo) al estilo moderno americano, manifestó su opinión sobre la necesidad de aunar esfuerzos humanos suficientes para dar con soluciones y sistemas nuevos de valor arquitectónico<sup>13</sup>.

Notada su asiduidad de organizar y de buscar lo más conveniente para satisfacer las necesidades materiales públicas, aportando sus ideas y distintas disposiciones, recordamos igualmente las manifestaciones de Arizmendi en relación con las dificultades locales de circulación tendentes a una congestión<sup>14</sup>.

Encomendado por la Caja de Ahorros Municipal, y con la excelente visión que le caracterizaba, llevó a efecto, a su tiempo y sazón, la ejecución de un proyecto de viviendas, de forma colosal, encaminado a dar el verdadero tono a las edificaciones de los espléndidos solares de Amara, sobre todo en la fila inicial de su primer conjunto. La hermosísima casa que comprende el mismo fue la primera en dicho barrio, previa la arriesgada prueba de afirmarla pericialmente<sup>15</sup>. Su decidida participación en esta cuestión, surgida por propia voluntad, en un momento crucial de desahogo que la capital exigía, favoreció el establecimiento de las reglas particulares fundamentales de la cimentación a emplear en aquellos terrenos, con pilotes flotantes. De este modo se desvanecieron los temores de imposibilidad de cimentación discutidos y se demostró el verdadero valor de unos fines constructivos, superando limitaciones fuera del alcance de su competencia profesional.

Independientemente de la antedicha actuación municipal, en la que aparece a continuación de don Juan R. Alday incorporado a la cronología de los arquitectos que tuvieron este nombramiento en San Sebastián<sup>16</sup>, cuen-

<sup>13</sup> *Boletín de Información cit.*, julio a septiembre 1961, núm. 11, pp. 11 y 12.

<sup>14</sup> *Boletín de Información cit.*, enero a diciembre 1966, núms. 29-32, pp. 36-39.

<sup>15</sup> *Revista de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián*, enero 1947, pp. 8-10.

<sup>16</sup> Serapio Múgica, *Arquitectos municipales* (Revista Euskalerrriaren Alde, t. XI, p. 91).



ta en su haber con distintas realizaciones, por encargo de particulares, todas las cuales demuestran un peculiar estilo de línea clásica y un buen acabado, celebrado en muchas ocasiones por los promotores. El número y variedad de ellas exigirá una prolija relación que puede hacerse en otra oportunidad. Ahora solamente citaremos una de las más brillantes de su vida y que se refiere al proyecto del Centro de Subnormales de Miramón, de singular encanto y de gran concepción urbanística. Es Obra Social, por su parte, de las más dignas entre las diversas de calidad y patrocinio de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, cuya apertura solemne se llevó a efecto el 2 de noviembre de 1969<sup>17</sup>. Emplazado en una amplia extensión de terreno suburbano de bella panorámica, constituye un acabado estudio, acorde con la naturaleza circundante. Puede atender cómodamente hasta doscientos deficientes mentales de la capital y provincia, recibidos en una serie de instalaciones y edificaciones servidas con toda clase de usos de índole asistencial, recreativa y docente, según su idea arquitectónica y urbanística, la cual figura considerada como una de las obras más logradas de nuestro tiempo, y modelo en su género<sup>18</sup>.

Designado en su día por el Consejo Superior de Colegios de Arquitectos españoles como titular de la representación de España en el Comité Ejecutivo de la Unión Internacional de Arquitectos, ingresó de esta manera en el mismo, por cinco años, en virtud de elección determinada con motivo del IX Congreso Internacional de Arquitectos celebrado en Praga en julio de 1967<sup>19</sup>. Y en calidad de miembro del citado Comité, en febrero de 1968, tras una reunión que tuvo lugar en Suiza, en los actos conmemorativos del XX aniversario de la constitución de la Unión Internacional de Arquitectos, en la que a su instancia se registró por el Comité la candidatura de España como posible sede del XII Congreso, fue nombrado delegado de la Internacional Conference of Engineering Organisms, con el representante suizo Mr. A. Rivoire. Ocupó también la Vicepresidencia de la Unión Internacional

<sup>17</sup> Su historia y su establecimiento están reflejados en una Memoria ilustrada que en su razón, y con motivo de su 90 aniversario (1879-1969), imprimió la indicada Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, el 3 de septiembre de 1969, en Industria Gráfica Valverde, S. A. Y en el libro *100 años al servicio de Guipúzcoa, La Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián (1879-1979)*, por Aniceto Oribe Cantera, con la colaboración del equipo técnico de la Caja de Ahorros Municipal. Capítulos ambientales de «Tristán de Izaro» (Ricardo de Izaguirre) y José Berruezo, San Sebastián, 1979, pp. 416-423.

<sup>18</sup> Manuel Celaya Cendoya, *Fragmentos de la autobiografía de un nonagenario dedicados a una nonagenaria*, publicados en 1970 gracias a la generosidad de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, verdadera mecenas de nuestra cultura, lo cual merece una vez más ser reconocido plausiblemente, pp. 263-267.

<sup>19</sup> *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, Miscelánea, año XXIII (1967), cuadernos 3.º y 4.º, pp. 443 y 444.



de Arquitectos por votación hecha en el X Congreso Mundial de Arquitectos, celebrado en Buenos Aires en 1969.

Como apreciado galardón acreditativo de su categoría internacional en la profesión, poseía Arizmendi el título de miembro honorario del Instituto Americano de Arquitectos de Washington, concedido el año de 1972 a los nueve arquitectos de mayor prestigio fuera de los Estados Unidos.

Separadamente de tener el diploma de doctor en arquitectura, entregado por el Ministerio de Educación Nacional el 8 de junio de 1961, y las Encomiendas de las Ordenes del Mérito Civil y de Isabel la Católica, otorgadas por orden del Ministerio de Asuntos Exteriores de 11 de octubre de 1951 y el 18 de julio de 1957, respectivamente, era Oficial de la Academia de París, desde el 30 de noviembre de 1950, y Oficial de la Orden de la Estrella Negra, elegido en París a 22 de octubre de 1959.

En sustitución del desaparecido doctor Ayestarán, pasó nuestro amigo en 1956 a pertenecer a la junta directiva del Orfeón Donostiarra, masa coral con un gran historial en los anales musicales de San Sebastián.

Sirva esta breve relación como ensayo de biografía de un hombre de acusada personalidad, y de un esposo y padre ejemplar, aportada a su recuerdo, por gratitud y sentimiento, en la hora de su muerte.

J. M.

### IMANOL BERRIATUA, DOCTOR EUSKERICO

El 15 de septiembre de 1981 fallecía, en el convento franciscano de Jerusalén (Israel), llamado de El Salvador, el franciscano P. Imanol Berriatúa. A su lado, recitándole salmos bíblicos en euskera, dos franciscanos vascos: el P. Justo Artaraz, Vicesuperior General de la Custodia de Tierra Santa, natural de Ceánuri (Vizcaya) y el P. Nicolás Zumalde, natural del barrio de Araoz, en Oñate, (Guipúzcoa), misionero en el Santo Sepulcro. Sus últimas palabras fueron dichas en euskera: *Gaur bukatuko da.*

#### *Maestro de maestros.*

El P. Imanol Berriatúa, de Elantxobe (Bizcaia) fue un auténtico maestro.

Maestro de periodistas en euskera. Animador de la revista euskérica «Anaitasuna», dedicó muchas horas a redactar sus finos artículos, pero,



más que nada, a pulir los artículos que llegaran a la redacción, a fin de que todos ellos llevaran un mismo estilo, una misma grafía, una misma dirección dentro de la natural variedad de su ideología y de su inspiración. Creó una escuela de periodistas, que gustosamente acudían a su certero y enérgico magisterio.

Maestro de enseñantes de euskera, Berriatúa poseía un gran atractivo, por el fuego que ponía en sus afirmaciones optimistas, y por el gesto rápido, nervioso, teatral que acompañaba a sus afirmaciones. Era un superdidacta, cuya vocación era enseñar y clarificar los caminos a quienes luego habían de enseñar a jóvenes y niños.

Maestro de alumnos de todo género y distinción. Sus mejores horas, en los últimos 10 años, estaban consagradas a la docencia. No le importaba de qué extracción social o cultural fuera su alumno, con tal de que demostrara interés por la adquisición de su lengua, la que Imanol había aprendido de sus padres.

#### *Divulgador del vascuence.*

Sin saberlo, Imanol había escrito, poco antes de su muerte, su testamento espiritual, en la introducción de su último libro «Itxasoa eta ni». Por su espíritu quijotesco, el P. Imanol se había aventurado, durante varios años, a vivir en uno de los barcos bermeanos que pasaban unos cuantos meses fuera de su puerto, dedicados a las faenas de pesca; era su capellán, que era también capellán de todos los demás similares barcos vascos que recalaban en Dakar. El libro es la experiencia humana —valiosísima y sumamente atractiva de esa su aventura social-religiosa y pastoral. Manifiesta: *«Hay dos realidades que me han alienado o poseído a lo largo de mi existencia: la fe católica y el vascuence. Para los que no sientan mi propia alienación, esas dos realidades valdrán poco; no obstante, para mí, son mucho. Y me he entregado a ellas en alma y cuerpo. Opino que sin la fe católica no soy libre de verdad, y sin el vascuence no soy vasco. Esta soberana alienación me impulsó, hace 24 años al mar. La fe cristiana y el vascuence me convirtieron en apóstol de los hombres de mar. Sigo alienado: la fe y el vascuence me siguen apasionando. Sigo consagrado a la vida religiosa, y con satisfacción. Y pongo mis energías al servicio del vascuence».*

Quizás no todos estén de acuerdo en el estilo del Padre Imanol. Conocía el vascuence, con todos sus tecnicismos, pero no los empleaba, en su convicción de que había de emplearse un vascuence puro, popular, auténtico, mas sobre todo, claro, inteligible. Quien leyere sus escritos, no se pecatará de que Berriatúa era una de los técnicos que mejor poseía los secretos del vascuence.



El diario «Egin» escribía el 19-9-81: «Con Imanol Berriatúa se ha perdido uno de los más firmes puntales de la alfabetización y euskaldunización de Euskal Herria. El método «Hitz-egin», con sus tres niveles basados en el Alexander inglés, y los siete libros de lectura complementarios adaptados a cada nivel, hacen de él uno de los hombres más prácticos y clarividentes con que ha contado la enseñanza del euskera en nuestro país. Es difícil calcular cuántos nuevos vascoparlantes se habrán formado en torno a este popular método, pero los ejemplares vendidos pueden aportar alguna luz: cincuenta mil ejemplares del primer nivel, veinte mil del segundo y otros veinte mil del tercero. Además, veinte mil ejemplares por cada uno de los tres libritos complementarios del primer nivel, y diez mil por cada uno de los tres del segundo y el único del tercer nivel, en el que se recoge sus andanzas como capellán de arrantzales. Y todo ello, casi solo, durante cuatro años».

Labor fabulosa, que necesita de perspectiva histórica, para su debida comprensión y valoración.

#### *Imanol el hombre.*

Menudo, flaco, saltarín, incapaz de pararse quieto, con los ojos en pleno trabajo, de voz magníficamente timbrada, de locución nítida en las varias lenguas que dominaba. Su rigidez, bien casada con su movimiento, provocaba una sonrisa cuando se le veía dirigir música desde el ambón de la iglesia franciscana de Iralaberri, donde dirigía la Misa en vascuence.

Conversador interesante, pasional, polemista, a veces un tanto exageradamente inclinado a sus opiniones, incapaz de provocar aburrimiento ni vacío. Sus dotes dialogales fueron el anzuelo que empleó para atraer a muchos —intelectuales, dirigentes comerciales y ciudadanos de a pie— a que se interesasen en estudiar el vascuence, o, al menos, en ayudar a su enseñanza.

Ciego defensor de un vascuence básico, que entendieran hasta los principiantes. Con su clásico sentido hiperbólico, afirmaba: «*El euskara que se escribe en los libros, en los periódicos, es inútil para la gente. Es elevado. Sólo lo entienden los diez mil alfabetizados; es para una minoría; no es básico; no sirve. Si no redactan en euskara básico escriben inútilmente en los periódicos*».

Quizás en el siglo XX no se haya dado un entusiasta igual y un rompehielos didáctico como el Padre Imanol. Ha merecido las más encendidas alabanzas: «*Tenía la habilidad de hacer fácil lo difícil, de explicarlo todo en euskara básico. Será difícil reemplazarlo*» (Norberto Aguirre); «*Ha sido*



*el más egregio maestro de nuestra generación» (José Ramón Etxebarria); «Se percató de la desgracia de su pueblo, y se esforzó por hallar el remedio, frecuentemente solo, mas supo mantenerse en su labor no pagada» (Artiñano); «Había encontrado el camino de la euskaldunización total de Euskal Herria» (Pierre Laffitte); «En la marcha difícil y penosa del vascuence, no tengo duda de que será muy grande el vacío que deja el Padre Imanol» (Xabier Amuriza).*

El Presidente de la Academia de la Lengua Vasca, P. Luis Villasante, me manifestaba: *«Tenía cualidades sobresalientes como profesor de lenguas. Supo suscitar el embeleso por el euskara en los jóvenes a quienes explicó esta asignatura en el seminario de Forua, y así ha sido la rica cosecha que obtuvo»; gran parte de los más activos escritores y profesores de la lengua vasca son discípulos del P. Berriatúa».*

Soñador incurable: la muerte le sorprendió, a sus 66 años, sentado en los modestos pupitres escolares de un «ulpan» de Israel, con cinco horas intensas de clases diarias; todo este fabuloso esfuerzo, sólo por captar el eficaz método que emplean los judíos para enseñar a sus correligionarios una lengua que se había extinguido 500 años antes de Cristo, y aplicar dicho método en la enseñanza del vascuence. Tras cinco horas largas de clase a las mañanas, las tardes las dedicaba a la redacción de un libro de lecturas en vascuence básico para sus alumnos de Bilbao.

En Jerusalén, su última semana de vida, dialogaba largamente con otro enamorado del vascuence, el Padre Zumalde, quien nos refiere que, Berriatúa, se acordaba continuamente de sus alumnos de Bilbao a donde pensaba ya regresar en breve; se animaba al recordar que había jóvenes magníficamente preparados que llevaban adelante una obra similar a la suya, y especialmente al P. Joseba Intxausti y su equipo de UZEI.

Charlé con él el 10 de agosto de 1981, un mes antes de su muerte. Era a media tarde, y tenía prisa por regresar a su mesa de trabajo, ya que había aprisionado algunas bellas ideas y deseaba clasificar para el libro que estaba redactando. Con el mismo optimismo y entusiasmo de siempre, con la misma prisa de siempre como hombre que está aquí y al mismo tiempo ha de estar en mil partes. Su alegría y su ánimo eran contagiosos, y medité aquella misma noche —ante las viejas murallas de Jerusalén— la lección que me inyectaba Aita Imanol Berriatúa.

La crónica añade algo más (en carta del P. Zumalde): *«Después de la Unción de los enfermos, le recité al oído salmos en euskera, Aita gureas y Agur Marias».* Moría lejos de Euskalerría, pero perfumado por su ambiente euskaldun. *«El 16 de septiembre, funeral presidido por el P. Justo Ar-*



*taraz, diácono el P. Vicente Andoño (de Tolosa), subdiácono el P. Abrisqueta (de Amorebieta), el M. R. P. Custodio y unos 30 frailes. Todo muy solemne y bien cantado, como le gustaba al P. Imanol. El cortejo fúnebre recorrió la ciudad de Jerusalén desde San Salvador, Casa Nova, la Puerta de Yajo, el barrio armenio, la puerta de Sión hasta el cementerio de los franciscanos. Todo el recorrido con cantos y rezos. Creo que no habrá en la Provincia franciscana de Cantabria fraile que reciba tantos honores fúnebres».*

Lo merecía: morir junto al sepulcro de Jesús, de quien estaba poseído. Con plegarias en su vascuence. Y la compañía de algunos franciscanos vascos (dos de ellos circunstancialmente peregrinos en la Ciudad Santa).

P. A.

BERNARDO OYARZABAL ZABALA  
(EZQUIOGA 1920 - PUERTO RICO 1981)

### *Pequeño grande hombre*

Le conocí en 1935. Había nacido en un modesto caserío de Ezquioga (Guipúzcoa) pero dotado de un singular tinte de nobleza. Era pulcro, ordenado, elegante.

Bajito, estrecho, de rostro muy angulado. Estudioso, sin extremos. Alegre, agudo, siempre al quite del chiste, de la broma. Ocurrente, empleaba su luminosidad en el trato. Estas cualidades le harían posteriormente un hombre buscado en las diversas Repúblicas centroamericanas, en las que pasó su vida de apóstol franciscano, a partir de su ordenación sacerdotal en julio de 1944.

Nació para la acción. No era un hombre que desdeñase las letras y los buenos libros, pero no poseía un espíritu onírico y quimérico. A él gustaba sentirse entre la gente, acercarse a las necesidades ajenas, actuar a su favor: no había nacido para ver los toros de la barrera.

Con los años, no creció nada de lo que ya era a los 16 años. Pero su espíritu desarrolló todas las virtudes naturales altruístas. Y se convirtió en un notable evangelizador de la América Central.

### *Comisario de Tierra Santa*

La Custodia franciscana de Tierra Santa, que conserva los Santos Lugares de la vida y muerte de Jesús y de su Madre, y ha logrado con una



tenacidad envidiable adquirir los más importantes de estos terrenos para facilitar su visita y su veneración a los cristianos de todo el mundo.

Para conseguir sus fines, reparte por todos los países cristianos a «Comisarios» de paz, a franciscanos que sean responsables de extender el conocimiento de la existencia y de la calidad religiosa de estos ambientes, de facilitarles su acceso desde el último rincón del mundo, y de excitar a los seguidores de Cristo que ayuden a recomponer, a conservar, a exhibir santamente los más sagrados Lugares del mundo.

Oyarzábal fue Comisario en los países de Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba y Venezuela. Espíritu original en sus métodos, empleaba su talento en buscar excelentes colaboradores, en ordenarles un trabajo concreto, en visitarlos para inyectarles ánimo. Precisamente, su mal le atacó mortalmente en la visita a la República Dominicana en la que proyectaba visitar a varios Obispos y reunirse con sus más íntimos colaboradores. Se sentía cansado, y eran sus vacaciones: «descansar trabajando».

En Cuba había trabajado apostólicamente con la juventud, para la que tenía un especial embrujo. El franciscano azcoitiano P. Luis de Zabala (ilustre periodista en Cuba, y compañero de evangelización de Oyarzábal) escribe: *«Algo que llamaba la atención en Bernardo era su poder de sintonización con el elemento joven. No era ya un mozo en ebullición de ilusiones, en busca de paraísos inexistentes. La vida le había cargado de años y desengaños, pero no había logrado esclerotizar su espíritu. Por su edad podía pasar por abuelo de los jóvenes con quienes alternaba con naturalidad y sencillez y sabía infundirles, sin paternalismos ni imposiciones, entusiasmos e ideales y les ayudaba a crecer desde sus adentros, por una progresiva comprensión de las realidades y una más madura asunción de responsabilidades. Si la juventud, más que cuestión cronológica, es estado de alma, el Hno. Bernardo supo mantener siempre fresca y fluyente la veta de una juventud que se negó a envejecer».*

Estas mismas cualidades que atraían hacia él a la juventud le servían de cebo eficaz para conquistar colaboradores a su obra en favor de los Santos Lugares de Tierra Santa.

### *Apóstol social*

El P. Oyarzábal rezaba y realizaba justamente la liturgia, pero no hasta el extremo de sumergirse en la mera quietud mística. Siendo un sacerdote y religioso ejemplar, su escenario era la calle.

Un San Francisco socialista, a quien llegaban muy adentro los dolores



ajenos, y que no se contentaba con sola la oración o las más amargas lágrimas. En sus años de párroco rural en Cuba, como en la República Dominicana o en Puerto Rico, la mayor parte de su existencia la pasó desfaciendo entuertos de pobreza, de injusticia flagrante, de oscuridades anímicas.

Sabían que quien tocaba la aldaba del Padre Bernardo tendría asistencia, al menos cordial, que frecuentemente es la única que puede prestar un misionero, junto con la orientación y el consuelo. Y, muchas veces, esta asistencia basta para solucionar un problema que parecía insoluble.

No poseía una serie de soluciones estereotipadas. Su rápido y aldeano ingenio le clarificaba una nueva solución, a la altura de las exigencias y de las circunstancias. Cada persona es un mundo diverso, y, aunque los problemas parezcan idénticos, requieren una diversa solución, porque es diversa la repercusión personal en la aplicación de los mismos remedios.

Mucho sabía Bernardo de hospitales y clínicas. Las había iluminado y dorado con el calor de su gran corazón, no de visibles muestras sentimentales, pero sí de sincero afecto. Su natural optimismo y su proverbial socarronería resultaban eficaces medicinas para todos.

Sabía lo que era sufrir en carne propia. La «soledad» de sus primeros destinos en la manigua abandonado, las largas y amargas horas de presidio de las huestes de Castro, el contacto con los pobres condenados de por vida a su miseria, la pobreza interior de muchos espíritus que flotaban junto a él con una lánguida vida sobrenatural, habían dejado honda huella en su espíritu, y conocía por propia experiencia el consuelo y el bálsamo de una visita, de una mirada amiga, de unas palabras oportunas. Tenía vocación animadora, confortadora; es difícil precisar con cifras la labor humana, social y religiosa verificada por el P. Bernardo Oyarzábal, ya que sus mejores realizaciones no llevan rostro y son incapaces de ser detectados por un aparato «geiger».

### *Olor de multitud*

El P. Bernardo murió en olor de multitud.

Varias clínicas y hospitales se disputaron el honor de atenderle en la República Dominicana al ser herido del ataque mortífero. Igualmente en Puerto Rico, ya que era familiar a los Doctores médicos, por sus atenciones espirituales y humanas a los enfermos.

El Gobernador de Puerto Rico y el Secretario del Ministerio de Salud y el Director del Centro Médico, así como el Director de la Unidad Coronaria del Hospital Municipal se preocuparon de que el P. Bernardo



llegara a San Juan de Puerto Rico, para recibir las debidas atenciones, que fueron estériles; pero el movimiento febril de todos estos personajes revela la categoría social del P. Oyarzábal.

Parecía un personaje de primera fila política: en el aeropuerto, le aguardaban los agentes de Inmigración y Aduanas para que inmediatamente fuera trasladado el gravísimo enfermo, sin las exigencias burocráticas propias.

Sus restos son venerados por multitud de fieles, que acudieron al templo parroquial a rezar por su eterno descanso: una auténtica procesión de lágrimas. Una Misa ante su cadáver por el Obispo auxiliar, Juan de Dios López de Vitoria, con una docena de sacerdotes. La Misa exequial la preside nada menos que el Cardenal Luis Aponte, con más de 40 sacerdotes: los atrios y los jardines, aparte del templo, no pueden contener la multitud de los asistentes.

Se le despidió del templo con el «Agur Jaunak». Abren el cortejo los policías municipales motorizados y es una interminable procesión de coches.

Vasco de bien, de paz, de bondad, que ha repartido la gracia de su fe y la dulzura de su auténtico franciscanismo en todo el Caribe.

P. A.

#### LA BIBLIA EN EUSKARA

*Resumen y bibliografía de la conferencia pronunciada el 21 de febrero de 1980, en la Sala de Cultura de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, con motivo de la II Semana de la Biblia.*

Como es de todos sabido, la primera traducción impresa de la Biblia al euskara, se debe a Joannes de Leizarraga en 1571, cumpliendo órdenes y recibiendo ayuda de Juana de Albret, reina de Navarra.

¿Es ésta en realidad la primera traducción de la Biblia al vascuence? Sí como obra impresa, pero por la literatura oral se puede testimoniar la existencia de algunas partes de la Biblia vertidas al euskara: En el cancionero popular se mencionan frecuentemente pasajes de Noé, Salomón, etc. También en la lectura de pastorales (teatro popular suletino) encontramos a Moisés, Josué, Abraham, Sodoma y Gomorra, el Hijo Pródigo, San Juan Bautista, etc., además de las menciones a salmodias, epístolas y Evangelio en las predicaciones de los sacerdotes.



Por tanto no nos debe de extrañar la alusión de Artemós-Sarratel en su *Diccionario histórico, cronológico, geográfico y universal de la Santa Biblia*, tomo I (Madrid, 1788), pág. 180: basándose en una versión que se hallaba en poder del señor Arteta, mantenía que no fue la traducción de Leizarraga la única que se ejecutó antiguamente. Al decir de los señores Artemós y Sarratel: «hay muchos fragmentos de uno y otro testamento, que no son de aquella versión. Entre otros sabemos que don Tomás Arteta... tiene la Pasión de Jesu-Christo, según San Mateo y San Juan, de donde se evidencia que no hubo una sola traducción de la Biblia al vascuence».

Aunque los autores no lo precisen, es de suponer que se tratara de un manuscrito y no de obra impresa lo que se hallaba en poder de don Tomás Fermín Arteta, natural de Aoiz (Navarra). Ello confirma la tradición en la literatura popular, transmitida oralmente, a la que antes he aludido.

Pero la primera traducción a ciencia cierta se debe a Joannes de Leizarraga, calvinista convencido, hijo de Briscous (Beraskoitze), localidad que políticamente pertenece a Labourd (Laburdi), pero que lingüísticamente pertenece a la variedad dialectal baja-navarra.

Esto ocurría después de que Juana de Albret, reina de Navarra y señora de Bearne, en la Pascua de 1559 adjuró pública y solemnemente del catolicismo y abrazó la reforma de Calvino. Fue la consecuencia de su reacción contra los reyes castellanos que le habían usurpado su reinado del sur del Pirineo. Inmediatamente se aplicó con todas sus fuerzas a imponer la nueva reforma en sus Estados. Envió bearneses a Ginebra para que fueran catequizados en la propia sede de Calvino. Fundó en Orthez una especie de Universidad calvinista. A sus órdenes se sometieron los nobles señores de Zuberoa y parte de la Baja-Navarra. Le siguió el pueblo llano zuberotarra, pero no los bajo-navarros, que opusieron generosa resistencia a sus planes. Tuvieron conflictos a los que siguieron hasta masacres y devastaciones.

Las obras de Joannes de Leizarraga formaban parte de este plan de reforma religiosa entre euskaldunes. El sínodo calvinista celebrado en Pau en 1564 fue el que encargó a Leizarraga la traducción del Nuevo Testamento al vascuence. Sabemos que en 1567 Leizarraga fue nombrado ministro de la Iglesia reformada, y enviado como tal a Labastide-Clairence, localidad de la Baja Navarra, donde residió hasta su fallecimiento hacia 1601.

¿De qué original se sirvió Leizarraga para su traducción? La versión



calvinista de Ginebra fue impresa en 1588 y la de Leizarraga 17 años antes. Pero hoy sabemos, según René Lafón, que como fuente utilizó la versión de Pierre Robert, más conocido por el sobrenombre de Olivetan, pariente y amigo de Calvino, quien a su vez se basó en la Vulgata.

*Iesus Christ Gure Iaunaren Testamentu Berria*, que así se titula la versión de Leizarraga, vio la luz en la Rochelle en el año 1571.

Traducción muy ponderada por Larramendi, tanto por su precisión como por su lenguaje. Ha tenido varias reediciones parciales. De las completas, la más notable, sin duda, fue la realizada por Linschmann y Schuchardt en Strasburgo en 1900. Recientemente se ha vuelto a reeditar por Hordago Publicaciones.

Este hecho fue muy importante para el renacimiento de la literatura euskara. La reacción que produjo influyó en aquel movimiento desarrollado en torno a Sara para culminar en la obra ascética *Gero*, de Axular.

De la versión del *Nuevo Testamento* de Leizarraga, Gañdor hizo una traducción interdialektal al ponerlo en labortano y fue editado en Bayona en 1828.

Los protestantes realizaron diversos trabajos para difundir la Biblia en el País Vasco. Algunas partes del Nuevo Testamento de Leizarraga verían la luz en el siglo pasado. Concretamente desde 1868, la Sociedad Bíblica se ocupó de las diversas ediciones de *Ebangelio Saindua* (Santos Evangelios), en Londres.

Pero antes, en el siglo XVIII, Pierre d'Urte, cura de San Juan de Luz convertido al anglicanismo y que tuvo que exiliarse a Inglaterra, es autor de una gramática del vascuence, editada en 1900, y de un diccionario vasco-latino que sigue inédito en Oxford, al igual que sus versiones de la Biblia, además de *Génesis* y *Exodo*, de las que existe una edición crítica de Dodgson, de 1894.

George Borrow en su obra *La Biblia en España* (The Bible in Spain), reeditada en 1970 por Alianza Editorial, dedica un capítulo al País Vasco. El mismo Borrow editó en 1838 el Evangelio de San Lucas, traducido por un médico vasco residente en Madrid, de apellido Oteiza. La versión es guipuzcoana, aunque no se sepa con seguridad si dicho médico Oteiza era guipuzcoano o navarro.

Hasta principios del siglo pasado, la Biblia encontró resistencia por parte de los católicos. Ejemplo de ello, es la citada obra de Borrow. Se editaron algunas historias Sagradas como son el *Testamentu Zabarreko eta Berriko Historia*, del vasco-francés Bernardo Larreguy, editado en Ba-



Yona en dos tomos, el primero en 1775 y el segundo en 1777, traducción de la obra en francés de M. de Royaumont. Diez años más tarde, le siguió con una obra similar el franciscano guipuzcoano P. Juan Antonio Ubillos. Una versión modélica del guipuzcoano literario, basado en la de Larreguy, viene a ser la obra de Francisco Ignacio de Lardizabal: *Testamentu Zarreko eta Berriko Kondaira*, editado en Tolosa en 1855.

El sacerdote labortano Joannes de Haraneder dejó en manuscrito el Nuevo Testamento, en la primera mitad del siglo XVIII, que se publicó en 1855 lo relativo a los cuatro evangelios.

No obstante, cuando L. L. Bonaparte se interesó por las traducciones bíblicas, localizó unos manuscritos de Joaquín de Lizarraga, cura de Elcano (Navarra), con los Evangelios de San Juan y San Mateo. El primero, lo imprimió el propio príncipe en Londres y el segundo, aún permanece inédito en el archivo de la Diputación Foral de Navarra.

Desde el *Evangelio de San Mateo*, versión bajo-navarra de M. Salaberry, en 1856, hasta la versión del *Cántico de los tres infantes*, en tres subdialectos alto navarros meridionales, en 1869, el príncipe Luis Luciano Bonaparte llegó a publicar 31 ediciones de partes de la Biblia. Además, en 1878, la *Parábola del sembrador* es traducida a los ocho dialectos del vascuence (que componen todos los que él llegó a catalogar como dialectos dentro del idioma vasco) y a cuatro subdialectos. Sus referencias se pueden consultar en las obras bibliográficas de Vinson, Sorarrain y Bilbao.

Pero la primera Biblia completa se debe a L. L. Bonaparte y J. Duvoisin, en versión labortana, según la Vulgata, editada en Londres entre los años 1859-1865.

Fue el príncipe Luis Luciano Bonaparte (1813-1891) quien, interesándose por las investigaciones lingüísticas del euskara, tomó como base las traducciones bíblicas para estudios comparativos entre los dialectos de este idioma. Encontró colaboradores dentro de la geografía vascofona, y encomendó sus trabajos de acuerdo con la formación de los hombres con quienes conectó.

El pedía que las traducciones le fueran hechas sin ninguna nota adicional, ajustándose a sus necesidades de investigación. Debido al fin que perseguía, las tiradas de sus ediciones fueron limitadísimas. Hubo colaboradores que se opusieron a entregar sus versiones sin notas. Tal es el caso del suletino Inchauspe.

Las Biblias completas le fueron encomendadas al capitán Joanes Du-



voisin (1810-1891) y a Fr. José Antonio de Uriarte (1812-1869). La versión de Duvoisin, en dialecto labortano, fue publicada en Londres, como ya se ha dicho, entre los años 1859-1865. Sin embargo, de la traducción hecha al guipuzcoano por el escritor vizcaíno Uriarte, sólo se publicó la primera parte del Antiguo Testamento: Génesis, Exodo y Levítico. El resto de la obra permanece inédita en los archivos de nuestra Diputación.

Por encargo, y a costa del propio Bonaparte, se hicieron estas ediciones, todas ellas de pequeña tirada. El Evangelio según San Mateo, fue la parte más traducida. Sobre los mismos existe un interesante estudio de George Lacombe (*Eusko-Jakintza*, Bayona, 1947).

La labor del príncipe Bonaparte influyó fundamentalmente entre los católicos vascos. En 1898, el sacerdote labortano Haristoy, basándose en la versión de Duvoisin, imprime los evangelios con notas adicionales.

En 1931, el R. P. Raimundo de Olabide, S. J. edita el Nuevo Testamento bajo el título *Itun berria*. A su fallecimiento en 1942 había dejado terminada la traducción completa de la Biblia, que fue impresa por *El Mensajero* en Bilbao, en 1958. El R. P. Olabide, jesuita vitoriano, era ya mayor cuando aprendió el vascuence, y su versión resulta áspera. Sin embargo, es fiel al original griego en que se basó.

En 1947, L. León, sacerdote labortano, editó los cuatro Evangelios en su variedad dialectal. La versión ilustrada del Antiguo Testamento de Bondallaz, traducida al guipuzcoano por N. Echaniz, vio la luz en 1955.

Desde 1959, fecha en que se edita la Biblia de Olabide, la producción de ediciones es ascendente. Tengo registrados hasta 42 títulos. De los cuales, 5 son el Nuevo Testamento, los 8 Salmos, y los demás, distintas partes del Nuevo Testamento. Obras de 16 traductores distintos, que algunos han vertido a sus respectivos dialectos y otros al literario unificado. Entre ellos incluso varias versiones especialmente preparadas para las edades de la infancia y la juventud.

Entre todas, merece destacar la versión al vizcaíno, de la Biblia completa, *Euskal Biblia*, debida a Jaime Kerexeta. Edición hecha por la Diócesis de Bilbao, en 1976, con notas basadas en la Biblia de Jerusalén.

Según nuestras noticias, se está finalizando la traducción de una obra completa, en estrecha colaboración entre católicos y reformistas, o protestantes. Está terminado el Nuevo Testamento, a punto de ver la luz, y muy adelantado el resto para completar *Elizarteko Biblia*.



Hoy, además del indiscutible valor religioso, las traducciones bíblicas son un motivo para los estudios interdialectales. En estas traducciones, además de escritores de la talla de Duvoisin, Lizarraga de Elcano, Uriarte, Olabide, Orixe y Zaitegui, han intervenido humildes escritores locales. Entre éstos, pongo por ejemplo, al caso de mi paisano Toribio Echevarria, líder del socialismo eibarrés, autor de varias obras en castellano de temas políticos y filosóficos, que entre sus obras de exilado figura *El Hijo del Hombre* (Vida pública de Jesús de Nazaret, según los Evangelios), con algunas glosas del autor. T. Echevarria era un gran lector de la Biblia, a quien la vida política no le impidió le dedicara alguna hora en su vida cotidiana. Pero además, como estudioso de su lengua originaria en la etapa final de su vida, se ocupó también en la confección de una gramática y un diccionario de la variedad dialectal o subdialecto eibarrés, y no contento con la parte teórica de la lengua, compuso una obra literaria en verso y prosa, enteramente en eibarrés, que fue publicada en 1967 bajo el título *Ibiltarixanak*, que me cupo el honor de prologar. Pues bien, esta obra, entre versificaciones y narraciones originales, recoge algunas traducciones, y entre éstas, las tres mujeres del Antiguo Testamento: Tamar, Ruth y Bethsabe, más los libros de Tobías y Job.

Además de este contraste entre la lengua literaria culta y las variedades locales, en las traducciones euskéricas podremos encontrar los conceptos más puristas. Este es el caso de la versión hecha por Arriandiaga a los Hechos de los Apóstoles, cuyo título es el espejo del contenido: *Goizparraik eta Beldubaik egiña*, que se publicó en Zarauz en 1959.

Como ustedes verán, hay de todo en la viña del Señor, y esta edición de Arriandiaga'tar Imanol, fue sufragada por un tal Errasti, quien, entre otras cosas, se vanagloriaba de no comer naranjas porque eran españolas. El mal entendido purismo lingüístico de estos señores se limitaba únicamente a no parecerse al castellano, y como resultado final, tampoco se parecía al vascuence y no había euskaldun que lo entendiera.

Pero por encima de toda tendencia o corriente conceptual lingüística, aún al margen de los valores positivos de hablas cultas y populares, ahí se conserva su esencia que es la base de una importante religión que durante centurias ha predominado y ha marcado el concepto moral del occidente europeo; ahí tenemos la obra en sí como fruto de las experiencias humanas.

Juan San Martín



## BIBLIOGRAFIA

- L. AKESOLO, «Katolikoek euskerazko Bibli-itzulpenak». *Jaunaren deia*, n.º 35.1971. Prólogo a la segunda edición de *Bible Saindua* de Duvoisin. Bilbao, 1972. «Joanes Leizarragaren garaia». *Euskera*, XVII 1972.
- N. ALZOLA (H.V.B.), «Bonaparteren Eunurte-muga dela-ta» (1857-1957). *El Bidasoa*, julio-octubre de 1957 (separata).
- G. ARESTI, *Euskal Protestantismoa zer zen*, Bilbao-San Sebastián, 1970 (Es una reedición de las obras de Leizarraga, menos la traducción del Nuevo Testamento, con una introducción).
- J. BILBAO, *Eusko Bibliographia* (8 tomos). Donostia, 1970-1978.
- DUBARAT, *Le protestantisme en Béarn et au Pays Basque*, Pau, 1895.
- B. ESTORNES LASA, *Literatura* (Ed. Auñamendi. Cuerpo B. de la Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco, en 4 tomos). Donostia, 1969-1974.
- JAURGAIN, «Le Nouveau Testament de Liçarrague». *R.I.E.V.*, I, 1907. «Liçarraga, Prêtre». *R.I.E.V.*, II, 1908.
- G. LACOMBE, «Les traductions basques de St-Mathieu». *Eusko-Jakintza*. Baiona, 1947.
- P. LAFITTE, «Biblia Euskal-Herrian». *Euzko-Gogoa*, 1958. «Zer dakigu Leizarragaz?». *Euskera*, XVII, 1972.
- R. LAFON, «Joanes Leizarraga, itzularia eta idazlea». *Euskera*, XVII, 1972.
- L. MICHELENA, *Historia de la Literatura vasca*. Madrid, 1960.
- S. ONAINDIA, *Euskal Literatura* (en 5 tomos). Bilbao, 1972-1977.
- A. PEREZ GOYENA, *Contribución de Navarra y de sus hijos a la Historia de la Sagrada Escritura*. Notas históricas y bio-bibliográficas. *Pampilonensia*, serie A, vol. I. Pamplona, 1944.
- J. DE RIEZU, «El príncipe Luis Luciano Bonaparte». *Príncipe de Viana*, XIX, 1958.
- RITTER, «Jeanne d'Albrit et la Réforme chez les Basques». *Eusko-Jakintza*, 1952.
- J. SAN MARTIN, «Literatura landuaren sorrerako giroa, Axularren garaira arte». *Euskera*, XX, 1975.  
*Literaturaren inguruan*. Donostia, 1980.
- I. SARASOLA, *Euskal Literaturaren Historia*. Bilbao-Donostia, 1970. *Historia social de la Literatura vasca*. Madrid, 1976.
- E. SORRARAIN, *Catálogo general de obras euskaras*. Barcelona, 1891.
- J. M. TORREALDAY, *Euskal idazleak, gaur*. *Historia Social de la Lengua y Literatura Vascas*. Oñate, 1977.
- J. DE URQUIJO, «Cartas escritas por el príncipe L. L. Bonaparte a sus colaboradores». *R.I.E.V.* II y IV, 1908 y 1910.
- J. VILLALONGA, «Introducción a un estudio sobre Luis Luciano Bonaparte y sus trabajos». *Eusko-Jakintza*, vol. VII, 1953-1957.
- L. VILLASANTE, *Historia de la Literatura Vasca* (2.ª edición). Aránzazu, 1979. «Euskaltzainburu jaunaren hitzaldia» (Discurso con motivo del cuarto centenario de Leizarraga). *Euskera*, XVII, 1972.
- J. VINSON, *Essai d'une Bibliographie de la Langue basque*. París, 1891.
- P. DE YRIZAR, «El príncipe Luis Luciano Bonaparte y su obra». *Bol. de la R.S.V. Amigos del País*, XVI, 1960.



## ADDENDA A LA NOTA SOBRE LOPEZ DE RECALDE

Ya decíamos en BAP, 1980, pág. 404, que el azcoitiano Juan López de Recalde, contador de la Casa de la Contratación de Indias en Sevilla, no siempre desempeñó el cargo a satisfacción de todos. La Corona le asignó su representante en la administración (Ced. 11 septiembre, 1522, Indiferente General, 420, lib. IX, f.º 39).

Carande en su obra «*Carlos V y sus banqueros*», nota 9, pág. 185 habla de las trapacerías de Recalde y en «*La avería en el comercio de Indias*», de Guillermo de Céspedes del Castillo, Sevilla, 1945, pág. 72, leemos: «La vigilancia sobre los funcionarios se reveló muy pronto imprescindible; en 1522 es preciso enviar a Sevilla un juez pesquisidor para atender las graves quejas de 1.000 personas contra Juan López de Recalde, ya suspendido en su oficio de contador de la Contratación, pero encargado entonces de intervenir en la formación de la Armada de avería; el informe enviado al Rey le acusa de graves irregularidades que su caciquismo le había permitido realizar impunemente. Se prohibía tener naos y traficar en la carrera de Indias a los empleados en la Casa de la Contratación, orden que el citado Recalde había desobedecido».

Recojemos también una noticia referente al País Vasco: «Se conserva en el Archivo General de Indias (Patronato, 268, 1, 17, una *relación de los pertrechos necesarios para la armada de Indias, y dónde se podrán proveer mejor, más buenos y baratos*. Es quizá el resumen de noticias adquiridas por el diputado contador en 1578. Toda clase de buques, arcabuces, picas, accesorios metálicos, maromas y jarcias, es preferible comprarlos en Vizcaya; la artillería, balas, pólvora, plomo, aceite, brea, alquitrán y medicamentos en Sevilla, en la obra citada de G. Céspedes del Castillo, pág. 65.

Sabemos que para la recaudación, desde 1620 uno de los mismos diputados de Sevilla se desplazaba a Cádiz con tal objeto. Como vemos en el caso de vascos, como Juan Bt.<sup>a</sup> de Aguinaga, de Eibar.

José Garmendia A.

## HERNANI DURANTE LAS CARLISTADAS

Cuando escribí en 1970 la historia de Hernani, en una breve monografía, redacté sus últimas páginas un tanto excesivamente constreñido por la reducida extensión que me habían señalado en el concurso al que me presentaba. Y la verdad es que apenas pude detenerme a redactar



lo que la villa hernaniarra vivió durante las guerras carlistas, disculpándome entonces diciendo que así daba «oportunidad al lector de que se deje informar del resto por la narración vivida por sus mayores»<sup>1</sup>, que desgraciadamente habían de serlo muchísimo.

Como me parecía hallarme, por ello, en deuda con los hernaniarras, es por lo que luego traté de cubrir aquella laguna con una conferencia en el salón de su Ayuntamiento<sup>2</sup>.

Con el fin de que algún hernaniarra, curioso de su historia municipal, pueda aprovecharse de las notas que entonces y después he venido sacando del rico y bien cuidado archivo que posee en su Casa Consistorial, paso a redactarle estas líneas.

\* \* \*

La primera carlistada se disputó entre 1833 y 1840, como se sabe, por lo que también es conocida por «la Guerra de los Siete Años». Durante ella, los guipuzcoanos de ideología liberal —que se hallaron en minoría— se vieron precisados a buscar refugio tras los muros de San Sebastián, promoviendo una vez más por tanto la conocida dicotomía entre San Sebastián y Guipúzcoa, como ocurriera anteriormente durante las guerras de las Comunidades, de los Machinos y de los realistas-constitucionales de 1820.

La firma del Tratado de la Cuádruple Alianza, en abril y agosto de 1834, concedió el derecho de intervención y de tutela moral de Francia y Gran Bretaña sobre la península ibérica. Y, como Zumalacárregui y sus victorias habían desbaratado las tropas y la suerte de los cristinos para diciembre de aquel mismo año, el coronel inglés Saint-Yon informó a su gobierno que veía perdida la causa de la reina española si la Cuádruple Alianza no intervenía prontamente.

Los combates entre carlistas y liberales se enfurecieron hasta tal punto que no se respetaba la vida de la población civil ni a los heridos o prisioneros.

Ante el mal cariz que tomaba la guerra y la cada vez más difícil esperanza de un final feliz, Martínez de la Rosa apeló el 20 de mayo de 1835 a lo tratado por la Cuádruple Alianza, solicitando su intervención armada en España. Por ello, aunque sólo fuera a manera de

<sup>1</sup> LUIS MURUGARREN. *Hernani, su historia e instituciones*, 38.

<sup>2</sup> 19.IX.1975, conmemorando el centenario de la destrucción de la Casa Consistorial de Hernani en la tercera guerra carlista.



ejército de voluntarios, desembarcaron el 10 de julio en la playa donostiarra de la Concha los primeros legionarios ingleses, uniformados con casacas rojas.

A los tres días de aquel desembarco, llegó a San Sebastián un aviso alarmante: el enemigo carlista había almacenado en Hernani algunas cargas de camisas embreadas y otras sustancias incendiarias con el objeto, según se decía entré sus soldados, que estaban destinadas para incendiar el puente donostiarra de Santa Catalina.

Tal era la situación política en nuestras veras —aunque siguieron llegando más británicos— moría de septicemia Zumalacárregui y los franceses ayudaban diversamente a los donostiarras liberales.

El 23 de noviembre de 1835 llegó a Hernani el general Joaquín Montenegro, jefe de la artillería carlista, con tres piezas de grueso calibre y una división, iniciando sus bombardeos desde el día siguiente sobre los liberales de las cercanías.

El año 1836 asistió a lo largo de todos sus días al cerco de San Sebastián, dirigido por Sagastibelza. El encuentro más sangriento y casi salvaje entre carlistas y británicos tuvo lugar el 5 de mayo de aquel año, como si reventara en aquellos campos una triste pasionaria. En los altos de la Miraconcha donostiarra quedaron muertos 500 carlistas, pero fueron muchos más los ingleses y liberales. No obstante, en Ayete quedaron triunfantes los últimos y los primeros se refugiaron en Oriamendi.

El 20 de agosto siguiente los donostiarras festejaron ruidosamente la proclamación entre ellos de la Constitución de Cádiz<sup>1</sup> y las tropas liberales iniciaron incomprensiblemente una conducta antipática e impopular, incendiando los caseríos de Loyola, Zorroza y de las otras cercanías. Por septiembre corrió por San Sebastián la noticia de que el pretendiente carlista estaba recorriendo las poblaciones de Oyarzun, Rentería, Lezo y Hernani. Ahora bien, con el fracaso del segundo cerco impuesto por los carlistas a Bilbao la moral de éstos había sufrido un fuerte revés.

A principios de marzo de 1837, los liberales acogidos al refugio de los muros de San Sebastián iniciaron una serie de afortunadas salidas, ocupando la vega de Loyola y avanzando hacia Astigarraga, aunque a costa de muchísimas bajas por ambos bandos.

Los carlistas, sorprendidos por el riguroso empuje del enemigo y por el nuevo sesgo que amenazaba tomar la campaña, solicitaron ayuda

<sup>1</sup> El motín de los sargentos de la Granja había arrancado a la reina aquel juramento de la Constitución en forma de decreto en la madrugada del 13 de agosto.



del infante don Sebastián, quien desde Puente la Reina salió a marchas forzadas hacia Hernani. Pero el general Lacy Evans, jefe a la sazón de los legionarios británicos, quiso aprovecharse de aquellas victorias iniciales y volvió a atacar el 15 de marzo con mayor ímpetu aún. Avanzó llevando a su derecha a Jáuregui con abundante artillería inglesa y por la izquierda a las columnas del español Rendón y de los británicos Chichester y Fitzgerald. Jáuregui («Artzaia») ocupó a la bayoneta el fuerte de Oriamendi con el regimiento de la Princesa y otros dos ingleses.

La noche igualó el color de las boinas rojas y blancas y las casacas ensangrentadas.

Al día siguiente, al amanecer, el general Evans se lanzó en persecución de los carlistas, que hubieron de buscar refugio en Hernani y parapetarse en el alto de Santa Bárbara.

Cuando el vecindario hernaniarra huía hacia Goizueta y Tolosa, se cruzó con las avanzadillas de los notables refuerzos que por Andoain traía el infante don Sebastián. Eran los batallones carlistas de Aragón, Alava y Navarra que, sin descansar de la larga marcha ni preocuparse de tomar tiempo tampoco para dar cuenta del rancho, hostigados además por una climatología muy adversa<sup>1</sup>, se lanzaron a contener el avance enemigo.

Se registró la batalla de Oriamendi el 16 de marzo de 1837.

Las anécdotas heroicas se repartieron por igual los bravos de ambos bandos. Las bajas sumaron entre dos y tres mil hombres. Al final, los liberales y británicos hubieron de abandonar el campo. Es tradición que allí los carlistas se hicieron con una composición musical con la que los liberales pensaban celebrar su victoria y que ellos la adoptaron luego como su himno oficial, llamado por eso el de Oriamendi. La legión inglesa quedó quebrantada, pero los carlistas no supieron aprovecharse de aquella importante victoria.

El 9 de mayo de aquel año de 1837 llegó a San Sebastián el general Espartero, jefe del ejército liberal, con los refuerzos precisos, y se reanudaron los avances hacia Hernani, de manera que el día 14 los carlistas tuvieron que abandonar Oriamendi para atrincherarse mejor en una segunda línea de defensa, en los altos de Santa Bárbara y en las peñas de Arricarte.

Mientras algunas tropas liberales atacaron estos puestos carlistas, Lacy Evans entró en la villa de Hernani, que había sido abandonada,

<sup>1</sup> A. PIRALA. *Historia de la guerra civil*. IV, 41.



como luego Santa Bárbara y Arricarte, ante la inutilidad de su defensa. La contienda prosiguió en Urnieta, casa por casa y hasta en su iglesia parroquial<sup>1</sup>.

Con el mes de julio llegó también el tifus y hasta la promulgación de una nueva Constitución, más precisa y condensada que la primera. En San Sebastián la juraron todos menos la Diputación Foral que se negó a hacerlo.

Eran aquéllos los tiempos en que a los dirigentes carlistas les dio por organizar marchas y expediciones por la península, con mucho más de optimismo que de oportunidad. Por lo demás, en nuestros pueblos sólo se escuchaban por entonces los disparos con que algún soldado petimetre buscaba alardear de bravo ante su *neska* de turno. El programa de «Paz y Fueros» había ido preparando el final de aquella primera guerra carlista, que el 31 de agosto de 1839 quedó ratificado con el abrazo de Espartero y Maroto en Vergara.

Y así, después de mayo de 1840, pudo volver la Virgen de Zikuñaga —sí, ésta misma que la robaron hace unos años y de la que ya nadie dice nada, no sé si hace— hasta su ermita desde un refugio en Arano.

### *Tercera guerra carlista.*

La situación de descontento con que se empezó a vivir durante la primera experiencia republicana (1873-74) sirvió al carlismo una nueva oportunidad de poder ante una república casi indefensa y dividida.

Pero igualmente el carlismo se había fragmentado entre activistas y legalistas, lo que con terminología actual llamaríamos «milis» y «polis». Como las circunstancias tentaban fuertemente a los primeros, éstos se echaron al monte e iniciaron la última guerra, a principios de 1873.

El sentir del concejo de Hernani por aquel entonces nos ha quedado referido en el borrador de un *Memorial* que se redactó para el rey el 30 de agosto de 1875, en el que se decía: cuando «agitada la sociedad española en 1869 por insensatas teorías se comenzó a resucitar una causa fallada y sepultada por nuestros padres en los campos de Vergara hacía 30 años; para precaver la eventualidad de que a aquel cadáver se le diera nueva vida, se armó el leal vecindario de Hernani, que no quería más que Paz y Fueros»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Su rector, don Claudio de Larburu, narró los hechos en uno de los libros parroquiales de su archivo (Cfr. LUIS MURUGARREN. *Urnieta*, 104).

<sup>2</sup> *Archivo Municipal de Hernani* (A.M.H.): E-5-II-20.



Vamos, pues, a intentar ahora hacer un relato de los rompecabezas que padecieron los liberales de Hernani por culpa de las travesuras de aquel presunto «cadáver» del carlismo. La información —advierto— será la oficial del concejo hernaniarra, es decir sólo la del bando liberal.

Por si acaso, y respondiendo a la invitación oficial, el Ayuntamiento armó a los cien hernaniarras que se presentaron voluntarios<sup>1</sup>, desoyendo —como decía el *Memorial*— «la predicación a la rebelión para levantarse en armas a favor de un hombre odiado, sin conocerle, porque alzaba una bandera que Hernani unánime condenaba».

El juramento de fidelidad se les recibió el día 18 de agosto de 1869, a los dos días de su alistamiento. La ceremonia se celebró en la Sala Consistorial, al mediodía, ante el Alcalde, quien se situó ante ellos, «sacando la bandera del municipio uno de los oficiales, por carecer los voluntarios de una propia»<sup>2</sup>. Juraron fidelidad al rey constitucional<sup>3</sup>, «desfilando acto continuo —dirá el acta oficial— por delante de la Casa Consistorial y, para que esta función tuviera toda la solemnidad posible, asistió también la música de aficionados, siendo grande el entusiasmo que manifestó el público»<sup>4</sup>.

Y toda la colaboración era poca para la causa liberal: pues, como reconocía el *Memorial*:

«...un pueblo (Hernani) o media docena de pueblos (San Sebastián, Rentería, Hernani, Irún, etc.), que tienen una perfecta idea de las ventajas de la paz y de la libertad verdadera, nada puede contra una Provincia donde el fanatismo y las ideas absolutistas están en mayoría. El torrente provocado por las antipatrióticas predicaciones de los partidos extremos se desbordó y la rebelión se enseñoreó del antes feliz solar vascongado»<sup>5</sup>.

A Hernani le empezaron a correr los días tristes. En agosto de 1875 se admitía: «de los cien primeros voluntarios sólo existen 59, los 41 que faltan fueron en su mayor parte muertos por el plomo enemigo». Sin olvidar que, al propio tiempo, «más de 50 de sus hijos pasaron

<sup>1</sup> Al final del trabajo se reproducirá la relación de los voluntarios que sobrevivían en 1876.

<sup>2</sup> A.M.H.: E-5-II-13.

<sup>3</sup> ¡Qué buen conformar el de los hernaniarras! Expulsada Isabel II, el general Serrano andaba buscando a la sazón, como regente, un nuevo monarca a quien ofrecer la corona española.

<sup>4</sup> A.M.H.: E-5-II-13.

<sup>5</sup> A.M.H.: E-5-II-20.



también a la isla de Cuba para defender en aquellos apartados climas la integridad del suelo patrio y han muerto los más defendiendo a España».

Ya tenemos, pues, a los cien primeros voluntarios liberales de 1869. Pero ¿quiénes eran éstos? Según la notificación del Ayuntamiento al Capitán General, «esta fuerza (de voluntarios) se compone en su mayor parte de obreros que necesitan su jornal para atender a su subsistencia», por lo que se les pagaba (el Ayuntamiento lo estuvo adelantando durante mucho tiempo) a razón de 1,75 pesetas por día a los soldados rasos y 3,50 al capitán. Los había de todas las edades; por ejemplo, el cornetín de órdenes Germán Cendoya sólo contaba 13 años, pero con su valor y su cornetín ganaba dos pesetas diarias. Hoy estaría en 6.º ó 7.º de E.G.B. Más tarde, desde marzo de 1873, se exigió no tener menos de 18 años ni más de 45.

No se piense que aquellos voluntarios improvisaban luego sus acciones militares. Estaba dirigidos, en cada compañía, por un capitán, dos tenientes, un alférez, 4 sargentos y 7 cabos. Además y para todos había un coronel, cuyas órdenes debían ser aprobadas por el Gobernador Militar de la Plaza.

Como buenos liberales y demócratas, eligieron por votación rigurosa a sus mandos. Para ello se reunieron en el Ayuntamiento y ante el alcalde y 4 secretarios pasaron todos los voluntarios, depositando su voto en una urna, que luego se cantaron y contaron. Así resultó elegido por comandante en 1873 don Manuel Sánchez Salvador con la totalidad de los votos (eran 166) y, luego, en 1874, don Ruperto Erice, con 61 de los 128 que entonces votarían (¡empezaba la contestación!); como tenientes Ramón Zaragüeta, Alberto Birebén y Martín Urcelay; alféreces Manuel Cendoya y Eduardo Muguruza, y como Presidente de la Cruz Roja quedó Severino Gaztaminza, que ignoro cómo fue elegido, seguramente por su fama de «manitas» y buen corazón.

La escuadra de gastadores tampoco sabemos por quién fue elegida. Cualquiera que no tomara en serio estas cosas de la guerra diría que, al tratarse de los más hermosos mozos de Hernani, serían elegidos por las señoritas casaderas del momento. No lo sé; pero, en compensación, los citaré para orgullo de sus descendientes. Ellos eran:

Francisco Zubillaga, que además era cabo.

José M.<sup>a</sup> Beroiz.

Juan José Miner.

Francisco Galardi.

Miguel Garín.



Ramón Múgica.  
 Juan José Recalde.  
 Juan José Argarate.  
 León Alberdi.

Todos del país, como se ve, como las manzanas.

Además, para amenizar los zafarranchos, tenían su banda de cornetas, dirigida por el cabo Teodoro Erausquin y los turutas José Amás, Gerónimo Usarraga y Eusebio Lujambio<sup>1</sup>.

Luego, toda aquella fuerza de voluntarios quedaba acuartelada durante las noches en la Casa Consistorial, a excepción de la escuadra de turno, que prestaba el servicio de patrullas y vigilancia durante la noche y hacía la guardia de día, y los individuos destinados por turno a guardar la vía férrea y el telégrafo.

¿Y quienes no estaban de acuerdo con las ideas liberales?

Pues éstos, o no habían regresado al pueblo desde que salieron en 1840, o se habían muerto o estaban callando o volvían a marcharse, que es lo que hicieron algunos, como hemos visto en dos billetitos que hemos encontrado en el Archivo, sin firma —a lo chivato— y que decían esto:

«Andrés Aguirre tiene un hijo que se ausentó ha más de dos años y medio al campo carlista, donde se dice (que) se halla de cantinero».

«La familia de Vicente Ubiría se ausentó toda ella al campo carlista, residiendo únicamente un hijo con la criada en esta villa».

Y «Francisco Garín (que) tiene dos hijos de 5 a 10 años en el campo carlista»<sup>2</sup>.

Y para que nadie piense que en el campo liberal se comía mal o poco —como parece deducirse por las fuentes donostiaras—, les puedo ofrecer la cuenta que hicieron un dos de junio, en casa de Nicolasa Beraza:

«Carne: 20 herraldes, a 26 rs. el herralde.  
 Pan: 120 libras, a 7 cuartos la libra.  
 Merluza: 2 ½ arrobas, a 96 rs. la arroba.

<sup>1</sup> Cada corneta, que eran de las de pistones y se compraron en Madrid, costó nada menos que 200 reales.

<sup>2</sup> Informe del 2 de agosto de 1875.



Tocino: 18 libras, a 30 cuartos la libra.  
 Mantequilla: 10 libras, a 4 rs. la libra.  
 Aceite: 8 libras, a 24 cuartos la libra.  
 Garbanzos: 4 celemines, a 13 rs. el celemín.  
 Alubias: 4 celemines, a 7 rs. el celemín.  
 Verdura: 83 rs.  
 Chorizos: 12 libras, a 6 rs. la libra.  
 Sopa de tres clases: 26 rs.  
 Postres: 90 rs.  
 Carbón: 24 rs.  
 Ocho mozas que serbían la mesa, a 10 rs. cada una.  
 Tres mugeres, que fregaban: 24 rs.  
 Total: 1.526 rs. con 20 mrs.  
 Sin la gratificación de las cocineras»<sup>1</sup>.

La referencia a la bebida aparece en una cuenta del Coronel:

*«Día 23 de Mayo.*

Por 25 cafés, 50 rs.

8 jarras grandes de cerbeza, 32 rs.

*Día 2 de Junio.*

28 litros de coñac, a 8 rs. el litro.

6 botellas de anisete Burdeos, a 8 rs.

20 puros habanos de 2 rs. uno.

8 botellas de Jerez, a 10 rs.

2 libras de pasteles: 12 rs.

213 cafés de mesa con sus puros: 213 rs.

32 (cafés) para la música de Córdoba: 32 rs.

9 (cafés) para la torre: 9 rs.

12 (cafés) para las criadas de servicio: 12 rs. (¡eran demócratas!).

5 botellas de Fin Champan, a 20 rs.

2 botellas de Marie Brizard, a 20 rs.

Total: 892 rs. vellón» (se pagó en abril de 1877)<sup>2</sup>.

Aunque no conste entre cuántos comensales se repartían tales calorías, parece que los hernaniarras del siglo pasado gozaban de pocos remilgos y tampoco extraña ya tanto que se certificara que de los cien primeros voluntarios sólo quedaran 59 al poco tiempo; pues a quienes

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-13.

<sup>2</sup> Ibidem.



habían respetado las balas les aguardaba la amenaza de un infarto con tanta grasa, potajes y alcohol, porque seguramente que la merluza la prepararían en «salsha»...

Pero daba gusto, lo tenían todo previsto. Lo que pagaban por varios entierros a Luis Adarraga, que venía a ser el «pompas fúnebres» del momento, era lo siguiente:

«Por 12 hachas, a 5 rs., 60 rs.

Por 2 velas: 4 rs.

Por la caja: seis varas percal (¿negro?) de 19 cuartos:  
13,40 rs.

Por 450 clavos dorados, a 3,50 el ciento: 15,75 rs.

Por dos piezas (de) cintas moradas, a 2 rs.: 4 rs.»<sup>1</sup>.

Total que, mirándolo bien, no resultaba tan caro como ahora, por 97 reales enterraban a más de uno.

Mas volvamos al hilo de nuestra historia.

El mejor sitio para hacer la vigilancia era lógicamente la torre de la iglesia. Y allí situaron todo un cañón con un pelotón de voluntarios, formado por un cabo y cuatro artilleros. De entre éstos destacó mucho Ignacio M.<sup>a</sup> Beroiz, a quien le eligieron para artillero en el campanario precisamente por su puntería, «donde —como luego aseguró su hoja de servicios— prestó eminentes servicios durante el asedio y bombardeo de esta villa los días 29, 30 y 31 de mayo y el 1 de junio de 1874, y repetidas veces ha merecido los plácemes de la Autoridad Militar Superior de la Plaza, de la guarnición y vecindario por su certera puntería». Hasta que se enteraron los hernaniarras carlistas del otro lado y un tirador mejor, que estaba en las trincheras de Orolaga, le hirió gravísimamente el 30 de enero de 1875.

Los de la torre, según órdenes del 22 de julio de 1874, debían cumplir lo siguiente:

1. Disparar «cuando el enemigo se presentare a descubierto y al alcance de tiro de fusil».

2. Disparar a intervalos, «mientras el enemigo tenga centinela de guardia en el punto denominado «Yarza-gaña»... a fin de evitar que se causen desgracias sobre personas indefensas desde el citado punto».

3. No podían gritar si no era para dar aviso de alarma.

4. Los movimientos que vean al enemigo («de Yarza-gaña, Sabordegui, Egurrola, Orolaga, Ergovia y demás puntos del Este y Mediodía»)

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-13.



el jefe de guardia comunicará al jefe del Principal y éste al Comandante de la Plaza.

5. No se dejará subir a nadie que no sea de la guarnición y, si, a pesar de todo hay aglomeración y ruido, que no permita cumplir bien, se les hará bajar.

De lo peor que andaban era de bombas. Las bombas, en efecto, las recibían desde la Fundición de Goicoechea, en Lasarte. Pero tardaban a veces en llegar, como cuando el 31 de mayo de 1873, avisaron los de la Fundición al alcalde de Hernani que «las balas cónicas —que habían encargado— están ya todas fundidas, (sólo) falta sacarles el hilo y avisaremos cuando estén concluidas»; menos mal que para ir tirando —y nunca mejor empleada la palabra—, les mandaban «22 balas redondas por cañón».

Las «granadas cónicas» las mandaron con el panadero, pero ¡el 7 de agosto! Claro que hay que tener en cuenta también que en el ínterin Lasarte celebró sus fiestas patronales.

Y volvamos a la torre. La misión del vigía además era, según Ordenanza, «que vigile las baterías enemigas de Santiago-mendi y Arbiza-portu y, tan pronto como cualquiera de ellas se aprestase a romper el fuego, dará la señal con la campana pequeña (¡no olvidemos que estamos en un campanario!) y los disparos de cualquiera de las baterías los anunciará con campanadas», seguramente para retirarse a tiempo. Pero, además, «el cabo de guardia llevará una anotación de los disparos que hagan las baterías enemigas, dando parte por escrito al señor Coronel, Comandante Militar de la Plaza».

No se extrañarán tampoco si les digo que con todo esto, al terminar aquella guerra, dejaron la torre hecha una lástima, de manera que el párroco no pudo menos que quejarse y el Ayuntamiento arreglarla.

A pesar de todo, como decía la Crónica, «desde 1870, en que comenzó a oírse el nombre de don Carlos de Borbón, los fanáticos partidarios de este desgraciado Príncipe, han tenido decidido empeño de posesionarse de esta villa. Contra ella y contra sus débiles muros han dirigido los elementos de que disponen»<sup>1</sup>; pero, añadía melosamente, «todo, Señor, ha sido ineficaz para vencer su constancia y entibiar el entusiasmo de sus defensores por la causa de la civilización, dignamente representada por Su Majestad»<sup>2</sup>. «Contra Hernani, avanzada de San Sebastián, se dirigieron los esfuerzos de los enemigos de la prosperidad de España»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-20.

<sup>2</sup> Ibidem.

<sup>3</sup> Ibidem.



Se conserva en el Archivo Municipal un entretenido *Diario de Voluntarios* que abarca todas las observaciones que hicieron desde el 6 de diciembre de 1872 hasta muy vencido el año siguiente. Ya el primer día anotaron que andaba por Urnieta «una partida latrofaciosa —no se andaban en chiquitas a la hora de calificar—, capitaneada por Soroeta y el cura de Hernialde»<sup>1</sup>. Y las cosas fueron bien hasta el día de Santo Tomás, en que, «a las tres y media de la madrugada, se oyeron chillidos agudos y gritos a la puerta de la guardia, pidiendo protección, que obligaron a la fuerza (de voluntarios) a ponerse sobre las armas». Pero se trataba sólo de poner orden en una familia, cuyo padre estaba sufriendo un ataque de locura... Por lo que se ve, en aquel *Diario* se lo anotaban todo, hasta incluso que el 16 de junio de 1873, «desde las nueve y media de la noche hasta las tres de la madrugada se ha oído un fuerte ladrido de perros». Luego se supo que el cabecilla Matías Otegui había andado por Urnieta en busca de pan, vino y dinero. El 9 de julio anotaron que, de noche, se habían pasado varios jóvenes de Urnieta al bando carlista; sin embargo no dejaron constancia por parte alguna que el 16 de aquel mes había vuelto a entrar el pretendiente don Carlos por Dancharinea.

Este es el momento en que, para reconstruir algo de lo que empeñó el tiempo de los «beltzak» hernaniarras, usaré las *hojas de servicio* de los que fueron destacados entre ellos<sup>2</sup>. Y empezaré a resumir:

El 31 de enero de 1870, «al iniciarse la insurrección carlista en Oyarzun, se dispuso que se estableciera (en Hernani) una guardia permanente y que varias patrullas recorrieran las inmediaciones de la villa».

El 4 de septiembre, capturaron al comandante carlista Otamendi y lo entregaron en San Sebastián.

El 20 del mismo mes «practicaron un reconocimiento hacia las ventas de Iturrioz y de Zárate... con objeto de sorprender un depósito de armas que se suponía existía en aquellas inmediaciones». Iba como práctico conocedor del terreno Ignacio Liceaga, uno de los más destacados voluntarios de Hernani.

Con el mismo fin de descubrir arsenales, los voluntarios —a las órdenes

<sup>1</sup> Mejor conocido por «el cura Santa Cruz».

<sup>2</sup> Se conservan en el archivo municipal diversos certificados de algunos voluntarios. Por si alguien desea consultarlos, los citaré: Manuel Bengoechea, Ignacio M.<sup>a</sup> y Martín Beroiz, León Casas, Germán, José Luis y Ramón Cendoya, Manuel Echeverría, Cayetano Eguilegor, Ruperto Erice (el comandante), Martín Galardi, Lino Iraola, Pío Iribarren, Ignacio y Miguel José Liceaga, Joaquín Manterola, Pablo Manrique, Cayetano Michelena, José Antonio y José Joaquín Ugalde, Manuel Olaizola y Francisco Urruzola.



del teniente Michelena— recorrieron el Onyi y el Adarra, regresando por Goiburu y Urnieta sin hallar cosa alguna.

Luego parece que reinó una calma de mal agüero.

El 19 de abril de 1872 «dispuso la Superioridad que, con motivo del alzamiento nuevamente iniciado, se montara una guardia permanente y que varias patrullas recorran día y noche las inmediaciones de la villa». Medida que duró hasta el 20 de mayo, en que, «dominada la insurrección, se ordenó la supresión de guardias».

En el mes de mayo sufrieron los carlistas un desastre en Segura y «la Autoridad Civil Superior (gubernamental) ordenó (el 24 de mayo) que alguna fuerza de voluntarios (hernaniarras) fuese («a las once de la noche») a detener a un cabecilla que se suponía oculto en Orio, después de abandonar las filas carlistas», y que era el párroco de esa villa costera. Aunque registraron caseríos de Aguinaga, Orio y Usurbil, parece que no lograron hallarle.

A los cinco días, «dominada la insurrección, se ordenó —como ha quedado dicho— la supresión de estos servicios» de vigilancia.

Pero el 1 de junio ya tenían que salir nuevamente —pues la insurrección no había sido dominada aún—, juntamente con los miqueletes de Oyarzun y los voluntarios de Oyarzun y Rentería, al mando del comandante de miqueletes, don Juan Arana, recorriendo las guardias enemigas de Arrichulegui».

Los carlistas se iban haciendo osados y, «la noche del 19 de junio, el cabecilla Julián Zapiain, alias «Lussía», se presentó («en la madrugada») en la próxima villa de Astigarraga. Los voluntarios salieron en su persecución, recorriendo todo el terreno que desde esta villa se extiende por Fagollaga, Ereñozu, Picoaga, Lizarregui, monte Urdaburu, Otxozuloeta, Ventaberri, Astigarraga y Venta-churi»<sup>1</sup>, siempre con el asesoramiento del perito Liceaga; pero sin resultados.

El 6 de diciembre se volvió a mandar el establecimiento de una guardia permanente. Y afortunadamente, pues aquel mismo día «apareció la partida capitaneada por el cura Santa Cruz en la próxima villa de Urnieta»<sup>2</sup>.

Y el cura Santa Cruz «apareció nuevamente en Urnieta» el 29 de diciembre. Los voluntarios salieron inmediatamente en su persecución,

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-13.

<sup>2</sup> Ibidem.



obligándole a pasar el río Oria, dejando en poder de los mismos varios efectos de guerra y raciones».

El año 1873 también se mostró muy agitado. Ya el día 2 de febrero cayó el alférez voluntario León Casas, quien «dirigió una salida de noche hacia Astigarraga»<sup>1</sup>, en donde cayó en una emboscada y con un balazo que le atravesó el corazón. Luego, el teniente Erice ordenó la retirada. A los tres días y por unanimidad de votos fue elegido Cendoya para cubrir aquella vacante dejada por el alférez muerto.

El 13 de abril se encontraron en el puente de Ergobia con las partidas de Santa Cruz y de Zubiaurre, que intentaban cruzar el río. En apoyo de aquellos voluntarios corrieron la columna del brigadier Morales y los voluntarios de San Sebastián, Rentería y Lasarte. Pero nuevamente, a los tres días, volvieron a toparse con los mismos jefes carlistas.

El 1 de junio se organizó la 2.<sup>a</sup> Compañía de voluntarios de Hernani y José Luis Cendoya fue ascendido a primer teniente por unanimidad de votos de sus compañeros y Liceaga, también por unanimidad, fue escogido para capitán.

El 5 de agosto, al mando del comandante Sánchez Salvador, salieron los hernaniarras «a auxiliar a la partida volante del primer distrito, («que había pedido auxilio desde Astigarraga por encontrarse rodeada de las fuerzas facciosas mandadas por Aizpurua, sosteniendo un nutrido fuego con las mismas») y consiguieron desalojar a los carlistas de las posiciones que ocupaban en Santiago-mendi».

Nuevamente volvieron a salir de Hernani los voluntarios el 27 de octubre y los días 3 y 4 de diciembre, juntamente con las fuerzas de los Regimientos de León y de Ontoria, por los montes de Achurro y Onyi «con objeto de abastecer de leña a la guarnición y vecindario»; mientras José Joaquín Ugalde y otros hernaniarras, situados en línea avanzada, sostuvieron un fuerte tiroteo con la partida carlista, mandada por el cabecilla Leiza, protegiendo los trabajos de corte de leña.

El 8, 9 y 10 de diciembre se emplearon de lleno en asegurarse habitualamiento, conduciendo también convoyes de víveres a Andoain, donde se acababa de establecer el Cuartel General del jefe del Ejército del Norte. También se dedicaron a «recoger el mayor número de reses posibles para el abastecimiento de las tropas» liberales y, seguramente, con gran disgusto de los caseros por el temor de no cobrar al punto.

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-13.



Si el año 1875 iba a ser el de la destrucción de la Casa Consistorial de Hernani, el año 1874 fue el de mayor actividad bélica.

A principios de este año, el hernaniarra Ignacio Liceaga «montó una guardia permanente en su misma casa, situada fuera del recinto y punto avanzado al Norte de la Plaza, cuyo servicio lo estableció voluntariamente y costeado de su peculio particular»<sup>1</sup>.

También, el día de Reyes, fue elegido Roberto Erice como comandante de los voluntarios por renuncia del que lo venía siendo, Sánchez Salvador, nombrado Diputado General de Guipúzcoa. Y este nuevo comandante se lanzó a abastecer de carne a Hernani, para lo que, allá por el mes de marzo, requisó nada menos que cien cabezas de ganado, «penetrando la fuerza a sus órdenes, compuesta de dos compañías de voluntarios y la partida volante del tercer distrito, en las mismas líneas enemigas y retirándose (luego) en perfecto orden y sin ninguna baja». Claro que los documentos oficiales no hablan de requisas sino de que «consiguieron cobrar algunas contribuciones y traer a la plaza cien cabezas de ganado vacuno»<sup>2</sup>. La zona que vaciaron fue la de Usateguieta, Fagollaga, Picoaga y Ereñozu, considerada como carlista, y encontraron resistencia en el caserío Urruzumo y en el de Picoaga-echeverri, donde «fue sorprendida una partida de aduaneros del punto de Arano».

El 10 de abril siguieron acaparando reses y talando más árboles en Orolaga «para despejar aquel punto, desde donde hostilizaba el enemigo sin ser hostilizado». Pero, como los carlistas no se dejaban hacer, se liaron a tiros con los que estaban disparando desde los caseríos de Sansanategui, Antonenea y otros de aquella parte, que no les dejaban talar en paz.

Aquellas salidas tan positivas finalizaron con el mes de mayo. Aunque el 29 de aquel mes continuaron bien las cosas para los liberales, se torcieron para la tarde. Los voluntarios de Hernani, juntamente con los refuerzos del Regimiento de Luchana, de los carabineros y de la tropa que salió desde San Sebastián —nada menos que a las órdenes del Gobernador Militar de la Provincia— se dedicaron durante el día a hostilizar a los carlistas que estaban en Oriamendi; pero tras mantener un fuerte tiroteo durante dos horas en las alturas de Santucho y de Montevideo, tuvieron que replegarse a Hernani ante las «numerosas fuerzas» carlistas.

Y así amaneció el día 30 de mayo, primer día del asedio al pueblo, con las boinas carlistas en las «posiciones de Santiagomendi, Montevideo, Oriamendi, Citicar, Ollomendi, etc.», de manera que aquellas tropas «de-

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-13.

<sup>2</sup> Ibidem.



clararon sitiada la plaza —como recordaría luego el *Memorial* al rey—, intimándola a rendición y atacándola con grandes elementos durante tres días».

¿Qué hicieron los hernaniarras durante el asedio?

Uno de los que más se destacó fue el sargento Ramón Cendoya, hijo de Urrestilla, quien, «por sus conocimientos en la arquitectura, prestó señalados servicios —según se declaraba luego en su hoja de servicio<sup>1</sup>— al fortificar la villa y sus alrededores. Careciendo en el recinto (de la villa) de ingenieros, fue destinado (Cendoya), en unión del oficial Bibiano Lacunza, muerto gloriosamente (luego), para dirigir la defensa y, en dos días, a pesar de los 1.300 (mejor 1.368) proyectiles de grueso calibre (que arrojaron los carlistas), levantó una red de barricadas en las dos calles, Mayor y Urumea, construyó dos tambores en las puertas de los fuertes de Lizarraga y Casa Consistorial, bajo una lluvia de plomo, especialmente en el último punto, del que el enemigo distaba (sólo) 300 metros; y en la noche del 31 de mayo aseguró el gran lienzo de pared del oeste, amurallando el fuerte de Barrenechea, destruido aquel día por el cañón enemigo».

Mientras tanto, en el fuerte de Santa Bárbara, se lucía Joaquín Ugalde, quien había sido encargado de proteger «las muchas salidas (nocturnas) de los voluntarios, que se hallaban cobijados en los sótanos de la casa del señor Liceaga, en los extramuros de la villa, y, de día, a custodiar las municiones que se llevaban a Santa Bárbara».

Con todas aquellas obras el Ayuntamiento hernaniarra agotó todos sus recursos; pero, como notificaba felizmente el *Memorial* al rey, «después de cuatro días de bombardeo, durante los cuales arrojó (el enemigo) sobre la villa 1.368 proyectiles de grueso calibre (seguramente anotados así por el jefe de guardia de la torre), comprendió que eran perdidos e inútiles sus esfuerzos y levantó su campo».

De esta manera, libres ya del cerco, saldrían hasta las niñas a cortar chilibitas y los voluntarios se atrevieron a acercarse a «investigar las baterías carlistas de Orcolaga, sosteniendo un vivo tiroteo con el enemigo». Y, el 13 de junio, ayudados por el Regimiento de Gerona, destruyeron aquellas baterías, ocuparon la posición del alto de Orcolaga (¡ya era hora!) y talaron parte del arbolado. Las cosas empezaban, pues, a ir mejor para los liberales hernaniarras. Con todo, cuando el 2 de julio salieron los voluntarios a proteger la entrada de un convoy de víveres, un casco de

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-13.



granada mató a Manuel Bengoechea, el marido de la pobre Maricruz Mendizábal.

Y que las cosas no estaban aún muy claras lo demostraba el que, el dos de agosto fue preciso evacuar el Barrio del Puerto. Luego tuvieron que mantener tres horas de fuego en el alto de Yarza-gaña, retirándose «en buen orden y sin pérdidas».

Aquella altura molestaba tremendamente a los liberales y no se libraron de su amenaza hasta que, el 12 de agosto, «la compañía (de José Luis Ugalde) se apoderó del alto (de Ygarza-gaña o Yarza-gaña), con objeto de desocupar las casas del Barrio del Puerto, sosteniendo con este objeto (otras) tres horas de fuego con el enemigo». Para no ocuparlas definitivamente, pues el 25 de septiembre fue preciso que volvieran los voluntarios, ayudados por carabineros, para apoderarse de Yarza-gaña y destruir esta vez los parapetos y dispositivos carlistas.

Luego, parece ser que estuvieron en relativa calma hasta el día de la Inmaculada, en que se les requirió para formar la retaguardia de las fuerzas del ejército en la «reñida acción de Urnieta», que dirigió el general Loma. Y por Nochevieja fue proclamado en Madrid el hijo de Isabel II como Alfonso XII, luego del levantamiento aquel de Sagunto. Con lo que llegamos al año 1875, fecha de la destrucción de la Casa Consistorial de Hernani.

Según manifestó el *Memorial* al rey, «contra nuestra indomable constancia buscó (el enemigo), Señor, otros medios, no para vencernos sino para destruir nuestros hogares y sepultarnos entre sus escombros. Levantó los fuertes de Santiagomendi y de Arbiza-portu, desde los cuales cobardemente asesina a vuestros súbditos leales. 2.165 granadas han lanzado nuevamente sobre nosotros. Todas nuestras casas, todas nuestras viviendas están acribilladas y oradadas y, sin embargo, en ellas se cobijan no sólo los hijos de Hernani sino también los soldados valerosos que defienden con nosotros las ruinas sobre las cuales no imperará el absolutismo».

¿Se puede conocer con algún detalle estos últimos días de resistencia?

Iturriaga, el jefe carlista, más conocido por los liberales como «Ochavo», sorprendió a nuestros voluntarios en el punto de Caracapote y salieron a relucir las bayonetas, por las que murieron el sargento Pío Iribarren y el voluntario José Arsuaga, quedando herido Antonio Echeverría. Es que habían salido a reconocer las inmediaciones del paso a nivel de Ergobia, que estaba ocupado por los carlistas, y, claro, los descubrieron. Tuvo que salir desde Hernani el comandante Erice con todos sus voluntarios y así lograron rechazar a aquella partida carlista.



Como se ve, Hernani no lograba tener sus comunicaciones expeditas.

Fue una verdadera pena que el escritor gallego Curros Enríquez, enviado de «El Imparcial», no hubiera llegado un poco antes, pues así hubiera conocido todo con mayor precisión, ya que comenzó a enviar sus crónicas sólo desde el mes de diciembre de este año, cuando ya había acontecido lo que nos interesa.

Sigamos, pues, con nuestros solos medios.

El 23 de junio se comunicó en Hernani que los carlistas habían asaltado y ocupado, en Galarreta, «un convoy de víveres y útiles de trabajo» que mandaban desde San Sebastián a Hernani, pero el comandante Erice, con sus voluntarios y tropa, logró recuperarlos.

El 2 de julio volvieron a salir los más escogidos (Liceaga, Cendoya, Zaragüeta y otros) para proteger la entrada de otro convoy. En esta ocasión se pasó de los tiros de fusilería a los de artillería, quedando nuestro Bengoechea muerto y herido el ya capitán Liceaga, así como el teniente Zaragüeta y otros cinco voluntarios más.

Mas, ya repuestos, lograron defender a fines de julio los ingresos de convoyes que llegaban por «la línea de Piticar».

El 20 de agosto fue un día grande para el cornetín Germán Cendoya, cuando participó «en la salida efectuada en conbinación con fuerzas del Ejército, que salieron de la plaza de San Sebastián, desalojando a los carlistas de las posiciones de Montevideo y apoderándose de las mismas».

Lo malo era cuando en medio de tanto tiro salía uno por la culata, como le ocurrió a Pablo Manrique, quien, estando de centinela en el fortín avanzado de Paisac y de noche, «haciendo fuego sobre un grupo de carlistas que se aproximó, recibió —no una bala enemiga, sino— un fuerte foganazo por escape de gases de su propio fusil», que le cegó para siempre. Contaba el pobre 44 años y, como lamentaba luego su hoja de servicios, era «el único amparo de su anciana madre». Esto ocurrió el 2 de septiembre. Catorce días le restaban de vida a la Casa Consistorial de Hernani.

Todo fue muy rápido. Y eso que se lo habían dicho que no, que resultaba peligroso...; pero nada, ocurrió que, el 23 de mayo de 1875, el Gobernador Militar de la Plaza —cazurro él— se empeñó en ocupar para usos militares la preciosa Casa Consistorial y no se le ocurrió cosa peor además que convertirla en «Parque de Artillería».

Y, como, desde la evacuación efectuada por los liberales de todos los



puntos fortificados del Goyerri guipuzcoano, había quedado Hernani como único centinela avanzado de San Sebastián, se convirtió en el objetivo ansiado por los carlistas, que volvieron a cercar el pueblo por segunda vez<sup>1</sup>.

El edificio del antiguo Ayuntamiento hernaniarra —según el juicio que le mereció al perito Segundo Rezola, que lo conoció— era de buena sillería y de maderamen de roble, con escudo de armas «tallado en piedra» bajo el reloj y que resultaba artístico e importante «por su composición y buena ejecución, tamaño de los relieves y la extensión del cuadro que representaba». Contaba además la Casa Consistorial con un hermoso balconaje de hierro y con reja de metro y medio de alta, y seis arcos (que luego se ampliarían con el hueco dejado por la casa del vicario, que también quedó destruida) sostenidos por hermosas columnas de cantería de 3,90 de alto».

Y en su interior, además de todo lo que suele haber en un Ayuntamiento, contaba aquél con «un cuadro al óleo con las armas de la villa y marco dorado», «dos cuadros al óleo alegóricos a la historia de esta Villa», una preciosa «araña de cristal con 12 mecheros», «una bandera de seda del Ayuntamiento», más «una bomba de incendios con sus correspondientes mangas», «un sistema completo de pesas y medidas decimales», el «menage de la escuela, consistente en mesas de escribir, con sus asientos y una colección completa de mapas», hasta «una piedra fregadera con dos asientos retretes, valorados en 20 pesetas» y todos los enseres de la habitación del aguacil.

Pero el 16 de septiembre de 1875 cayó una granada sobre aquella Casa Concejil de estilo churrigueresco convertida en el amenazante «Parque de Artillería» y de ella sólo quedaron aprovechables: 300 kilos de piedra sillar, en adelante sólo utilizable «para mampostería —según el inventario y tasación de los peritos—, 1.920 quintales de madera de roble «para combustible» y 625 kilos de hierro del balcón y reja, a 40 céntimos el kilo<sup>2</sup>.

Con esto, con los 40.000 reales que dio el Ministerio de Gobernación de su «fondo de calamidades», con la aportación realmente generosa del arquitecto *errikosheme* Joaquín Fernández Ayagaray y la siempre inevitable de los vecinos se levantó el nuevo edificio, que se inauguró en 1890.

<sup>1</sup> San Sebastián había comenzado a sufrir un interrumpido bombardeo desde el 28 de septiembre, siendo precisamente dos hernaniarras quienes hicieron de vigías en ella para anunciar a la población las bombas que veían disparar a los carlistas sitiadores.

<sup>2</sup> A.M.H.: E-5-II-20.



A falta de más reales, el Gobierno tuvo a bien conceder a la heroica Villa de Hernani —creo que el 22 de septiembre mismo— algo que, si a él no le había costado mucho, había supuesto mucha sangre para los hijos de aquella Villa, de uno y de otro bando, el título de «INVICTA».

Pero ello también lo había tenido que solicitar su alcalde y en estos términos:

«El Ayuntamiento de la Villa de Hernani, que me enorgullezco de representar ante el trono de nuestro Rey Constitucional (que desde el 14 de enero venía siendo Alfonso XII), después de protestar de su adhesión, se atreve a solicitar para este pueblo denodado un título honorífico que aliente a sus hijos y los recuerde los días del sufrimiento.

Por encargo de Vuestra Majestad se ha calificado de heroica e invicta la defensa de Hernani. ¡Hónrela Vuestra Majestad con estos títulos y las aspiraciones de sus defensores se verán satisfechas!

Dios guarde la importante vida de Vuestra Majestad muchos y dilatados años...»<sup>1</sup>.

El primer día del año de 1876 acudió por fin el gallego Curros Enríquez a visitar la desolación de Hernani. Para ello hubo de hacer el recorrido a pie, «al alcance de los fuegos —según dejó escrito en su crónica— de Artolamendi, Antonenea, Santiagomendi, Burunza y Bessaun». La situación militar era aún tan indecisa que, a su regreso a San Sebastián, un oficial liberal le advirtió del peligro que estaba corriendo de caer en manos carlistas si no se apresuraba más.

Aunque aquel gallego pasó sus apuros entonces, el 28 de febrero cayó la última granada carlista sobre San Sebastián, era la que hacía el número 2.177. El Ayuntamiento liberal de Tolosa y sus voluntarios abandonaron su refugio donostiarra y regresaron a sus lares. La guerra había concluido. En torno al 20 de marzo se celebraron tres días de fiesta por la ansiada paz, con colgaduras, toros e iluminaciones. Sobre los prados del Arratzain quedaban insepultos los cadáveres liberales y carlistas, hermanados ya por la muerte.

La Diputación Foral de Guipúzcoa había convocado para el 20 de abril a los procuradores de todos sus pueblos a una junta extraordinaria «con el objeto de nombrar los señores comisionados que, con la instrucción

<sup>1</sup> A.M.H.: E-5-II-20.



que se les dé, acudan al llamamiento del Gobierno de Su Majestad para que traten del importante y vital asunto del arreglo de Fueros»<sup>1</sup>.

Quizá por entonces se escuchó por alguna de las calles rotas de Hernani aquella canción que mi amigo José Garín —atentísimo encargado del archivo municipal— oyera luego a su aitona:

«Carlista denborako  
general falsuak  
mutillak utzita  
korrিকা dijuaz».

Luis Murugarren

#### NOTA

Relación de los voluntarios que hicieron entrega de su armamento en cumplimiento de la orden del Gobernador Civil de Guipúzcoa, el 26 de septiembre de 1876.

1.<sup>a</sup> *Compañía*: José Michelena, Alberto Bireben, Francisco Rojo, José Oteiza, Fermín Zuazanabar, José Manuel Miner, Valentín Galardi, Domingo Olaondo, Francisco Barrio, Juan José Argarate, Francisco Zubillaga, Teodoro Erasquin, José Amás (así, con acento), José M.<sup>a</sup> Beroitz, Francisco Galardi, Miguel Garín Manuel Ugalde, Francisco Arbelaz, Manuel Bengoechea, José Zavala, Manuel Zubillaga, José Echave, José Joaquín Ugalde, Francisco Echenique, José Ugalde, José Iribar, Joaquín Ochotorena, Ignacio Antonio Iraola, Martín Fernández, Ramón Olano, Cayetano Olascoaga, Antonio Echave, Cayetano Bihian, Ignacio Azcune, José Joaquín Ugalde y Olanea, Esteban Alberro, Nicolás Ugalde, José Ramón Echeveste, José Cruz Arizpe, Carlos Toledo, Mateo Garín, José Angel Ugalde, Pablo Manrique, Ciriaco Bizcarrondo, Faustino Urruzola, Manuel Olanea, José Antonio Fernández, Luis Iraola, Lino Iraola, Ignacio Gamboarena, Ramón Múgica y Amestoy, Domingo Ugalde, José Miguel Lete, José San Sebastián, Nicolás Fernández, José López, Juan Echániz, Joaquín Aróstegui, Antonio Arambarri, Venancio Miner, José M.<sup>a</sup> Birebén, Cayetano Michelena, José Antonio Barrenechea, Valentín Garín, Ignacio M.<sup>a</sup> Beroiz, Ignacio Garín, Marcial Cortadi, Juan Ignacio Barandiarán, José Olaondo, Manuel Zapiain, Total: 71.

2.<sup>a</sup> *Compañía*: Martín Urcelay, José Adarraga, Domingo Oteiza, Matías Ugalde, José Mutio, Teodoro Santa Cruz, José Miguel Arrozpide, Agustín San Sebastián, Benito Egaña, Gerónimo Usarraga, Ramón Iradi, Ramón Múgica, Juan José Recalde, Eduardo Fernández, Dionisio Garmendia, Juan Domingo Gaztañondo, José Joaquín Sarasola, Domingo Egaña, Pedro Barrio, Antonio Arrieta, Manuel Sarasola, Joaquín Arrozpide, José Manuel Iстуeta, José Miguel Erasquin, José Manuel Irturia, Agustín Arizmendi, Bautista Artola, Pablo Arrozpide, Agustín Gorategui, José Antonio Otaño, Rafael Martínez, Joaquín Bireben, Atanasio Eleicegui, José M.<sup>a</sup> Toledo, José Gamboarena, Esteban Iribar, José M.<sup>a</sup> Garín, Antonio Corteja-

<sup>1</sup> Las últimas Juntas Generales se celebraron en San Sebastián en septiembre de 1876 y las particulares, igualmente en Donostia, los días 12, 18 y 19 de marzo de 1877. Al promulgarse la ley abolicionista de nuestros Fueros el 21 de julio de 1876, fue cuando el diputado Emilio Castelar exclamó en el Congreso: «Algo grande muere hoy en España».



rena, José Agustín Urrizti, Antonio Beldarrain, Celestino Galardi, José Antonio Ugalde, Pedro M.<sup>a</sup> Gabarain, Faustino Iturriza, Jacinto Zapiain, José M.<sup>a</sup> Onadre, Higinio Garín, José Joaquín Gaizarán, Miguel Toledo, José Bernardo Garín, José Santa Ana, Miguel Aróstegui, Cayetano Iradi, José Ramón Iruirtia, José Manuel Garmendía, José Luis Sagastume, Cayetano Toledo, Ignacio Muñoa, Manuel Iradi, Vicente Irazu, Manuel Olaizola, Pedro Iruirtia, Antonio Arrieta, José Gabarain, José Egaña, José Miguel Beroiz y José M.<sup>a</sup> Olarrea. Total: 67.

*Otros:* (Sin señalar la compañía) Aureliano Barinaga, Severino Gastaminza, Nicasio Echenique, Antonio Múgica, Enrique Gorosabel, José Eulacia, Ramón M.<sup>a</sup> Garín, Luis Adarraga, Miguel Erice, Ignacio Arrieta, Miguel Antonio Izaguirre, Martín Santa Cruz, Ramón Alcorta, José Ignacio Arbelaiz, José M.<sup>a</sup> Arrozpide, Juan Bt.<sup>a</sup> Aldabalde, Juan M.<sup>a</sup> Iradi, Zoilo Barcaiztegui, Domingo Miner, José M.<sup>a</sup> Esnal, Sebastián San Sebastián, Agustín Apaolaza, Juan Cruz Arín, Domingo Astarbe, Isidro Achucarro, José Gelabert, José Antonio Urretavizcaya, Juan Bt.<sup>a</sup> Aranalde, José Joaquín Arrillaga, Francisco Uzcurren, Felipe Amigorena, José León Fernández, Francisco Sagastume, José M.<sup>a</sup> Arocena, Juan José Ansoarena, Francisco Goicoechea y Francisco Arcelus. Total: 37.

*No incluidos en lista:* Ramón Iribarren, Manuel Bireben, Germán Cendoya, Manuel Echeverría, Mariano Ugalde y José Ramón Bedarreta.

*Resultante de armas entregadas* y «que tenían los voluntarios de la milicia nacional» de Hernani:

- 15 fusiles Remington, «costeados por la Diputación de Guipúzcoa».
- 76 carabinas Berdan «particulares de Don Manuel Sánchez Salvador»<sup>1</sup>.
- 79 fusiles Berdan «del Parque de San Sebastián».
- 38 carabinas Lefancheux «del Parque de San Sebastián».
- 32 fusiles Remington «del Parque de San Sebastián».

*Total* 340 armas. «Estas armas algunas están en pedazos y otras incompletas».

Firma la recepción el capitán José Quintela (Hernani, 1.oct.1876)<sup>2</sup>.

### DON JUAN ANDRES LOMBIDE Y MEZQUIA. DISTINGUIDO ORGANISTA QUE FUE DE LA CATEDRAL DE OVIEDO

Al cumplirse en estas fechas los doscientos años transcurridos, desde aquel día 27 de noviembre de 1778, en el que reunido el Cabildo de la Catedral de Oviedo después de celebradas las oposiciones, previo el estudio minucioso del informe técnico del tribunal competente, eligió a Don Juan Andrés Lombide para ocupar la Prebenda de Organista Titular de nuestra Catedral ovetense, me ha parecido un deber de solidaridad profesional, dedicarle estas líneas, con las que deseo perfilar la personalidad artística de este insigne maestro del órgano, quien durante ocho años de permanencia en Oviedo contribuyó al enriquecimiento de la li-

<sup>1</sup> El que fuera elegido comandante en 1873.

<sup>2</sup> A.M.H.: E-5-II-25.



turgia catedralicia tan esplendorosa en aquellos lejanos tiempos, con sus luminosas intervenciones frente al Rey de los instrumentos.

Don Juan Andrés Lombide nació el 14 de noviembre de 1745 en el pueblecito de Elgueta (Guipúzcoa). Fue ordenado de sacerdote en 1769. Al poco tiempo pasó a ocupar el cargo de organista de la Parroquia de Santiago de Bilbao, hoy convertida en Catedral, donde desarrolló una intensa labor artística como ejecutante y compositor.

Al tener conocimiento de la vacante producida en la Prebenda de Organista de la Catedral de Oviedo se presentó a las oposiciones a las que concurrieron otros cinco opositores, que por orden de concurrencia fueron los organistas de Santander, Mondoñedo, Sevilla, Villafranca y Plasencia.

Los votos del Cabildo Catedralicio se distribuyeron por este orden: Bilbao 12, Santander 9, Mondoñedo 6, Sevilla 1, Villafranca 3 y Plasencia ninguno. Un voto se perdió.

Como Lombide no consiguió mayoría absoluta, y así lo exigían los estatutos de aquel tiempo, hubo de repetirse la votación entre él y el de Santander, consiguiendo en esta segunda votación ya definitiva, Lombide 20 votos contra 12 que se adjudicaron al de Santander. A partir de este momento, el elegido tomó posesión de su Prebenda y permaneció en la Organistía de Oviedo hasta el día 2 de julio de 1786 en que se trasladó a Madrid para ocupar el cargo de Organista Principal de la Real Capilla de la Encarnación, puesto muy codiciado en aquel entonces por los más prestigiosos organistas de España y donde terminó sus días<sup>1</sup>.

Durante su permanencia en Bilbao se distinguió como organista, profesor de música, pedagogo, compositor y presentó a la Sociedad de Amigos del País, seis sonatas para clave y violín que encontraron una favorabilísima acogida. (Extractos de la Sociedad) 1772.

También escribió un tratado sobre —El arte del Organista—. En 1765 y 1774 se citan dos escrituras con el —Organista principal de la Capilla— que es nuestro biografiado. En el memorial presentado por don Juan Andrés Lombide, presbítero, organista principal de esta villa de Bilbao pidiendo se le aumente el salario anual, se firma con los dos apellidos, dice así: —Ilmo. Sr. Don Juan Andrés Lombide y Mezquía, presbítero y organista principal de esta villa de V.S. que a fines de este mes de septiembre fenece la Escritura que se otorga a V.S. para nueve años con el salario de Ducientos y veinte Ducados de vencimiento

<sup>1</sup> A.C. 60. f. 146.v. y A.C. 61. f.175.v.



(es a saber, los doscientos de renta del órgano y los veinte por su afinación) oy, respecto que dicho salario señalado muchos años ha, es mui corto para la gran variedad de tiempos y que es sumo el cuidado que tiene que mantener en el mejor orden y conservación del organo principal de la Parroquia matriz de Santiago, y por otras circunstancias que no se ocultarán a la superior penetración de V.S.; suplica encarecidamente que teniendo consideración a lo que lleva dicho se sirva V.S. situarle trescientos Duc. de vn. por uno y otro trabajo y disponer bajo de éste señalamiento siendo de su beneplácito que se le otorgue la Escritura por los años que pareciere a V.S. de cuia notoria... (firma). Sr. Don Juan Andres Lombide.

Se le adjudicó el aumento solicitado. (Acta de Fco. de Oleaga, Escribano... 1774, octubre 8, N.º 2038). Hay una nota que dice — y salario a la especial habilidad de organista y compositor: Quarenta Ducados por el trabajo de afinación del organo de la Iglesia parroquial matriz del Sor. Santiago y diez Dcs. por igual afinación del organo de la del Sor. San Nicolás del Patronato de ésta villa de Bilbao, que las tres partidas componen trescientos Duc. con la obligación que ha de ser de su cargo y obligación el pagar el salario del Alza fuelles (sic)—

De todas estas circunstancias se deduce que la elección del Cabildo de la Catedral de Oviedo en la persona de Don Juan Andrés Lombide y Mezquía para desempeñar la organistía de nuestro primer templo, atento siempre a escoger a la persona más competente para ocupar los cargos de responsabilidad en los que se desenvolvía el movimiento cultural de la liturgia sagrada fue certera y bien pensada, ya que la personalidad de este ilustre organista y compositor era relevante en el campo de la música y su nombre había logrado conquistar las alturas de la fama.

Nada se sabe de su actividad musical en el corto espacio de tiempo que permaneció en Oviedo, pero es de suponer que se desenvolvería en la misma línea de competencia y habilidad que en Bilbao. Esto no es extraño, sobre todo si se tiene en cuenta que la función del Maestro Organista en las catedrales iba dirigida a la interpretación, bien como solista o acompañante de la Capilla en sus múltiples intervenciones durante el culto que llenaba prácticamente las mañanas y gran parte de las tardes del año, y a la formación musical de los niños de coro. Nunca se le exigía la composición de obras organísticas y menos su entrega para conservarlas en el Archivo, aun cuando su preparación técnica fuera exhaustiva y en aras del arte compusieran innumerables obras densas de contenido y saturadas de valor. Según esto, las obras que componían muchas de ellas magistrales pertenecían a su posesión privada y personal, que al paso del tiempo se han ido perdiendo en gran parte o no gozan



del cuidado y atenciones que en justicia se merecían. ¡Lamentable disposición capitular que en origen dio ocasión y tan irreparables pérdidas! La composición de obras polifónicas para su interpretación y su conservación después, en el Archivo, así como la formación técnica de los niños de coro era exclusiva del Maestro de Capilla. Por eso aún hoy día a pesar de los frecuentes expolios sufridos, los Archivos de las catedrales, inclusive aquellas que están ubicadas en poblaciones de demografía reducida, cuentan con un acervo musical de cientos y aún miles de obras musicales polifónicas casi todas, muchas de ellas de gran valor reconocido por todos los musicólogos, que reflejan el talento y la sabiduría de sus autores.

Hace muy poco tiempo se han publicado dos sonatas de 5.º tono y de 5.º tono punto alto, respectivamente, que tengo en mi poder, compuestas por nuestro Lombide de un sabor haidniano bien marcado y de una brillantez sonora que permiten se las siga con sumo agrado. ¿Las compondría en su paso por Oviedo? En Montserrat se conserva también de él un Responso del Corpus Cristi a ocho voces con violines, oboes y trompas en copia de 1787.

Lo que sí quiero consignar es que sus relaciones con el Maestro Joaquín Lázaro, que en esos años ocupaba el magisterio de la Catedral de Oviedo y autor entre otras obras de la célebre Misa a ocho voces con orquesta, compuesta en el año 1771 cuando apenas contaba los veinticinco años de edad y al parecer durante su primer año de parmenia en Zaragoza donde había sido nombrado Maestro de Capilla del Pilar el día cuatro de marzo de 1771, no fueron muy cordiales por desgracia<sup>2</sup>.

Parte de esta Misa fue interpretada con gran brillantez en este mismo año aquí en nuestra ciudad por la Orquesta Provincial y la Polifónica de Oviedo bajo la dirección del Maestro Lauret.

— En el Cabildo celebrado el día uno de julio de 1782, el Maestro de Capilla Joaquín Lázaro, presbítero, presentó un memorial quejándose de varios lances (sic) en que el Organista Lombide le trajo y trató muy mal de palabra, sin motivo que para eso le había dado; siendo lo peor que siempre hace desprecio de sus obras, procurando quitarle la estimación y el prestigio que él se merece<sup>3</sup>.

En el Cabildo de 9 de julio del mismo año, se le llama al Organista Lombide y se le hicieron saber sus excesos con el Maestro de Capilla en varios lances que ofrecieron, por lo que deben darse satisfacción y tener

<sup>2</sup> A.C. año 1771. p. 23 acuerdo N.º 94. Archivo del Pilar de Zaragoza.

<sup>3</sup> A.C. 61. f. 96.v.



entendido la armonía que debe tener con el Maestro y que si no fuese así, el Cabildo tomará las más severas providencias<sup>4</sup>.

¿Esta postura adversa del Organista Lombide frente al Maestro Lázaro y que al parecer era recíproca, tendría su origen en la incompatibilidad de caracteres? Lombide hemos dicho que era vasco y Lázaro aragonés, de un pueblecito de Teruel. ¿O en el modo de enjuiciar el arte bajo un ángulo de criterios opuestos? ¿O en una competencia más relevante del primero sobre el segundo?

Sólo he querido reflejar el hecho, transcribiendo literalmente las dos actas capitulares que dan cuenta del enfrentamiento.

Sea de ello lo que fuere, no queda en absoluto por ello empañado el prestigio y la competencia musical de este esclarecido Maestro Organista Don Juan Andrés Lombide y Mezquíá, a quien he querido dedicar esta publicación como sincero homenaje en el doscientos aniversario de su elección para ocupar la Prebenda de Organista de la Catedral de Oviedo.

Una vez más, repito, mi sincera gratitud a mi buen amigo y muy culto Archivero auxiliar Don Raúl Arias, por los estímulos con que me ha animado a trabajar en este campo de la investigación.

*Angel González Pérez*  
*Organista de la Catedral de Oviedo*

#### ELOGIO DE LAS PROVINCIAS

Por más que me he preguntado en la Biblioteca del Rectorado de la Universidad de Sevilla por la «Crónica de la provincia de Guipúzcoa», de la «Crónica general de España», de Fernando Fulgosio, t. 11, (Estante 3/ n.º 207) no he podido satisfacer mi curiosidad. He tenido, sin embargo, al poder consultar «*Geografía histórica*» por el P. Pedro Murillo Velarde, S. J., 1752. Madrid, la satisfacción de encontrar bellas, justas palabras, que constituyen un verdadero elogio de las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava. He aquí las líneas que entresaqué desde la página 171 a la 183.

«Los naturales de estas tres provincias se llaman en lo común de España *Vizcainos*, especialmente los de Vizcaya y Guipúzcoa por más que ellos pretendan que los distinguan con el nombre específico de cada provincia; también se llaman vascongados y cántabros (171)).

<sup>4</sup> A.C. 61. f. 98.



«Son los vizcaínos peritísimos en la navegación»... «Digo que no sólo son muy cathólicos, sino por lo general de buenas costumbres, piadosos, compasivos, y muy reverentes al estado eclesiástico; hombres de verdad y de palabra; de noble corazón, liberales; amantísimos de su Nación, pero con el debido aprecio del mérito de las extrañas, observan con exacción las costumbres del país; son de ánimo constante, aunque tal vez el empeño declina en tenacidad. En las letras suelen aprovechar mucho; en la mercancía más; en la navegación apenas tienen iguales; y así salen de allí insignes pilotos, corsarios, contra maestres, marineros y soldados. Navegan por todo el mundo en las flotas, galeones y armadas; van a la pesca del bacalao a Terranova. En estos años, que el Rey ha permitido el curso libre contra los ingleses, han salido muchos armadores de Guipúzcoa, que han hecho muchísimas presas a los ingleses, sin haber paraje en el Océano, ni Mediterráneo, donde no los persigan con tanta osadía, que han llegado al río de Londres y allí han apresado los barcos de Inglaterra, de suerte, que estos que se jactan de dueños del mar, están cercados en sus mismos puertos, sin tener seguridad en su misma tierra. En todos tiempos han tenido fama de hombres de brio y de valor».  
(Pág. 180).

«Abunda la tierra de mijo y de frutas, especialmente manzanas; hacen cierto alimento de maíz, que llaman borona; beben chacolí y sidra, que hacen de manzanas; gastan aceite de ballena. Hay lino, mucha pesca, grandes bosques de madera para fabricar navíos, mucho hierro y acero de que hacen muchísimas armas, y instrumentos que llevan a otros reinos. Es estéril de vino, trigo y aceite; es tierra áspera y montañosa. El mejor fruto, y el más abundante de esta tierra, es la gente; y es cosa que pasma ver que de tierra tan estrecha y corta, salga tanta gente, como hay en Castilla, en Andalucía, y en las Indias. En Castilla se hospedan; en Andalucía, se avecindan y congenian tanto con sus naturales, que están como paisanos; en Indias dominan por lo menos a medias con los montañeses, y en este continuo trasplantarse mejoran de terreno, de policia y conveniencias; se hacen ladinos en la lengua castellana; pierden algo de la tenacidad nativa; conocen que hay mejores países que Vizcaya y se hacen muy ricos y poderosos. En esta Provincia, reparé, que hay bellísimos y magníficos templos, ricos y muy adornados; la gente anda muy bien vestida, y los pueblos tienen bellos edificios de piedra, y no se ven aquellos montones de ruínas, ni tapias de tierra, que en Castilla.

Los vizcaínos son tenidos por nobles y gozan muchas exempciones y privilegios, están exentos de varias contribuciones y gavelas, tienen fueros propios y costumbres muy antiguas por donde se gobiernan...

Cuando la invasión general de los moros se retiraron muchos de los



antiguos españoles a las montañas de Cantabria, de donde salieron y ayudaron a la conquista y recuperación de España; y a esto alude Don Diego de Carvajal, Señor de Jodar, Capitán general de la Provincia de Guipúzcoa, quando dixo:

O montaña cantabriana,  
Academia de guerreros,  
Origen de cavalleros,  
De do toda España mana.

Habla del hierro de Somorrostro y del acero, así como de la cueva de San Adrián, añadiendo: «Trae pintado este monte el libro de *«Las Delicias de España»*, de Don Juan Alvarez de Colmenar» (pág. 182).

Por la transcripción: *José Garmendia Arruebarrena*

## LAS PRIMERAS GUERRAS CARLISTAS

*«Libro de Finados del Hospital Militar de Guipúzcoa» (1835-39)*

Revisando el Archivo Parroquial de San Pedro, en la Villa de Vergara, hemos encontrado un «Libro de Finados del Hospital Militar de Guipúzcoa, que principió el 28 de febrero de 1835».

Todas las Partidas de Defunción están escritas bajo un mismo patrón o modelo, que en total suman 694, si bien una se ha repetido, y otra se ha borrado manteniendo el número.

Indudablemente, los temas políticos, humanos, militares y forales de las Guerras Carlistas interesan mucho, y más hoy día que buscamos los enraizamientos de nuestro pueblo a lo largo de la Historia, y tratamos de concretarnos y actualizarnos, en medio de tantas dificultades.

Este breve estudio, pequeño resumen de un libro de defunciones, lógicamente no puede proponerse tan elevados objetivos; simplemente, subrayémoslo, quiere ser una pequeña aportación a las informaciones y estudios de las Primeras Guerras Carlistas.

Copio a la letra un modelo-tipo de dichas Partidas, que nos dé una idea base para un posterior resumen por años: «El día veinte y ocho de Febrero de mil ochoc. treinta y cinco, José Antonio de Iribe Campos soldado de la 4.<sup>a</sup> Comp.<sup>a</sup> del 1er. Batallón de Guip.<sup>a</sup> natural de la Villa de Verg.<sup>a</sup> murió de enfermedad en el Valle de Araoz jurisdicción de la Villa de Oñate, desp.<sup>s</sup> de haber recibido los santos sacramentos de Penitencia Eucaristía y Extremaunción no testó fue enterrado en el cam-



po santo de la ante Iglesia de Sn. Migl. de dho. Araoz y en fe de ello firmé yo el infrascrito Capellán. Martín José de Pagola».

(Folio 1.º, nombre, apellido, y n.º de Partida al margen; en concreto la 1.ª).

### *Año de 1835*

El año de 1835 se han escrito 70 Partidas de Defunción: 39 por enfermedad y 31 por heridas provenientes de batallas y acciones de guerra. De uno se dice, que fue muerto por herida infligida voluntariamente por sus compañeros.

Las Partidas corresponden a cinco Batallones de Guipúzcoa, el 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º que contaron con 45 defunciones entre sus filas, atendiendo siempre a las reseñadas en el Hospital Militar de Guipúzcoa.

De los Batallones de Castilla se anotan el 1.º, 2.º, 3.º, 5.º, 6.º y 13.º con un total de 11 muertos; de los de Navarra el 1.º, con uno. De los soldados provenientes del Depósito de Villarreal, 2; del de Araoz, 1; de los prisioneros de Oñate, 8; otros prisioneros, 2. De la partida de «sobre Vergara», 1; Asistente del Comandante de Armas de Vergara, señor Felguera; del Regimiento del Príncipe, 1; del de Córdoba, 1; soldado provincial de Sevilla, 1.

En orden al lugar de las muertes y posteriores enterramientos, digamos, que los tres primeros que aparecen en estas partidas murieron en la villa de Leiza, en Navarra, por «herida» y que fueron enterrados en el campo santo de la misma población; dos pertenecían al 2.º Batallón de Guipúzcoa, y uno al 3.º de la misma Provincia. Otros tres, uno por herida y dos de enfermedad, murieron y fueron enterrados en Oñate. Siete más fueron enterrados «en el campo santo de la ante Iglesia de Sn. Migl. de dho. Araoz», fallecidos de enfermedad o herida en acción de guerra.

Hubiera sido interesante una especificación de los lugares en los que resultaron heridos el resto de los soldados (a veces se dice que de bala o fusil), y de los Batallones que sufrieron las bajas, pero no se detalla. Simplemente, que 57 murieron en el Hospital Militar de Guipúzcoa; de los que 33 fueron enterrados en el cementerio de la Iglesia Parroquial de Vergara, y 24 en el mismo Hospital.

### *Año de 1836*

Contamos 237 partidas de Defunción: 111 por heridas acaecidas en



acciones de guerra y 125 de enfermedad. Aparece el nombre de una persona sin ningún dato complementario.

Los Batallones	1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, 6.	de Guipúzcoa	sufrieron	54	bajas.
íd.	íd.	1.º, 2.º, 3.º, 5.º, 6.º, 7.º	Castilla	íd.	88
íd.	íd.	1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, 6.º			
		8.º y 10.º	Navarra	íd.	35
íd.	íd.	1.º, 4.º, 5.º	Alava	íd.	3
íd.	íd.	3.º y 4.º	Vizcaya	íd.	5

Del Regimiento del Príncipe, 2; del Rgto. 2.º Ligeros, 2; del Batallón de Guías de Alava, 1; del Depósito de Prisioneros, 1; del de Lazcano, 11; de la Prisión del Rgto. 12 de Línea, 1; de las Prisiones de Plencia, 1; del Batallón Expedicionario, 3; Soldados de la Partida de Villalobos, 1; del Real Cuerpo de Artillería, 3; del Escuadrón de Caballería de S.M., 1; Oficial de Contaduría Mayor de la Intendencia de Aragón, 1.

Dos de los difuntos eran practicantes, de medicina y farmacia (éste último a resultas de viruela), otro ejercía como guardarropa del Hospital, alguno murió por caída del caballo que montaba, otros tres eran: «músico de la Guardia de Honor de S.M., Asistente de Subinspección y un soldado muerto «repentinamente».

El número de los que murieron en dicho Hospital fue de 233; 228 fueron enterrados en el cementerio del mismo y siete en el de la Iglesia Parroquial de San Pedro.

Alguna vez no se dice dónde murieron, o simplemente «antes de entrar en la Portería»; ni en dos ocasiones el lugar de inhumación (uno de ellos referido a un soldado del Batallón de Ingleses, de religión protestante).

Como vamos diciendo, en este año de 1836 ha habido muchas bajas, incluso varias de Comandantes y Capitanes. Podemos citar a don Joaquín Tous, natural de Valencia, Brigadier, Comandante del 2.º Batallón de Castilla, aunque la partida no dice donde fuera herido; «en su última voluntad dejó todo a la disposición de su cuñado Aguirre, Coronel Comandante del Tercer Batallón de Navarra». Este don José de Aguirre, murió en el mismo Hospital quince días más tarde, también a resultas de una herida en acción de guerra; no testó. Los Comandantes, cuñados, fueron enterrados en el cementerio de la Iglesia Parroquial de San Pedro, como lo hacían con los militares de alta graduación. (Partidas 123-144).

De idéntica forma y en los mismos días, moría don Vicente Ferrer



San Jordi, Capitán de Tiradores del 2.º Batallón de Castilla. (Partida 138). Muere también don Aquilino Bastán, Capitán Graduado de Teniente Coronel de la Compañía de Granaderos del 3.º Batallón de Castilla, natural de Málaga, por «una herida recibida en acción de guerra» (partida 267), y don Pascual Puertolaz, de enfermedad natural, nacido en Puertolaz, en el Reino de Aragón, Teniente Coronel, Primer Comandante destinado al cuadro de Berastegui, en la Provincia de Guipúzcoa (partida 281).

Debemos resaltar que en los meses de enero y febrero, el número de muertos fue elevado: en concreto 90.

Seguimos constatando en las Partidas, la falta de datos que nos aclaran los lugares donde fueron heridos, si bien, se dice que unos pocos, en la línea de Arlabán (22-23 mayo, del 2.º Batallón de Castilla y 3.º de Navarra, respectivamente), en el Bloqueo de Bilbao (6 soldados del 2.º Batallón de Guipúzcoa y del 1.º y 10.º de Navarra, los días 5 y 7 de diciembre del mismo año), y en el de San Sebastián, uno del 5.º Batallón de Castilla, a primeros de mayo.

#### *Año de 1837*

Se han inscrito 262 Partidas de Defunción, de las que 208 detallan que han muerto de enfermedad, y 46 por «herida recibida» en batallas o acciones de guerra.

Esta extraordinaria desproporción aporta un interesante dato, que lo examinaremos en las Conclusiones.

Murieron en el Hospital Militar de Vergara 258 soldados (de cuatro no se dice el lugar) y fueron enterrados en el cementerio del mismo Hospital, 255; dos más en el de la Iglesia Parroquial de San Pedro, tres en el de Santa Marina, uno en el de Vergara y otro más en el de Anzuola.

De los Batallones 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, 6.º, 7.º, 8.º, de Guipúzcoa, murieron 51.

De los Batallones 2.º, 3.º, 5.º, 6.º, 8.º, de Vizcaya, murieron 8.

De los Batallones 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, 6.º, 7.º, de Castilla, murieron 27.

De los Batallones 3.º, 7.º, 10.º, de Navarra, murieron 3.

Del Batallón 1.º, de Valencia, murieron 13.



De los Batallones 1.º, 2.º, de Aragón,  
murieron 13.

De los soldados provenientes del Depósito de Prisioneros de Lazcano murieron: 56. De los soldados provenientes del Presidido de Minas de Cerain: 3. Otros prisioneros (uno paisano): 29.

De otros Cuerpos, Regimientos y Batallones apuntamos los siguientes: Compañía de Cazadores de la Rioja, 1; 3.º Regimiento de Caballería, 1.º Escuadrón, 1; Batallón de Guías de Alava, 1; 4.º Regimiento, 1; Batallón Provisional, 2; Tercero Provisional, 5; Tercero Provisional de Castilla, 2; Tercero del Príncipe, 1; Real Cuerpo de Artillería, 5; Reales Caballerías de Carlos V, 1; Batallón de Granaderos, 1; Segundo Escuadrón de Granaderos, 1; Segundo Escuadrón de Valencia, 1; Pelotón de Aragoneses, 1; Soldado canjeado, 1; Escuadrón de Cantabria, 1; Salvaguardia de Guipúzcoa, 1; Quinto del Infante, 1; del Infante Don Juan, 1; Segundo de Guardias, 1; Segundo de la Reina, 1; Voluntarios de la Reina, 1; Batallón de distinguidos de Madrid, 1; un voluntario distinguido de Madrid, 1.

Leo que cuatro soldados, han muerto a causa de una «herida alevosa» (uno de ellos de la Legión Extranjera), dos practicantes; capellán y médico, por enfermedad contagiosa (estos cuatro del servicio del Hospital); dos dementes; un escribiente de la Intervención de Operaciones, un religioso profeso, y uno más a resultas de las fatigas de la guerra.

Respecto a los campos de lucha donde fueron heridos de muerte, y a los Batallones que sufrieron estas bajas podemos decir:

Tres fueron heridos en el Bloqueo de Bilbao, de los que uno pertenecía al Real Cuerpo de Artillería; otro, el 19 de marzo en Elorrio, del 2.º Batallón de Vizcaya; cinco, lo fueron en la acción del 21 de marzo en Zornoza (de los que tres pertenecían al 5.º Batallón del Infante, al 7.º de Navarra, y al 5.º de Castilla, respectivamente); uno más en Erandio, del Primer Batallón Provisional.

Del 3 al 17 de mayo, dos soldados en la línea de San Sebastián, y otro en la de Guipúzcoa, pertenecientes a los Batallones 2.º y 8.º de Guipúzcoa.

Once soldados en los campos de Urnieta (14-17 mayo; 16 julio; 21-23 de octubre), pertenecientes al 1.º, 2.º, 3.º, 5.º, 6.º y 8.º Batallones de Guipúzcoa. Uno más en el sitio de Orio.

Siete en Andoain (29 de mayo - 8 y 10 de septiembre), pertenecientes



a los Batallones de 1.º, 3.º, 5.º, 6.º y 8.º de Guipúzcoa. Uno en acción en Larrasoaña (Navarra), perteneciente al 2.º de la misma Provincia.

Cuatro fueron heridos el 25 de julio en los campos de Armiñón, en el paso de la expedición por el Ebro, pertenecientes al 4.º, 6.º y 7.º de Guipúzcoa.

Cinco más de los Batallones 1.º, 4.º y 5.º (28 julio en Lasarte (2); 27 de agosto en Zubieta; 19 de octubre en Guetaria (2).

En el paso del Ebro, cerca de Haro, un soldado del 4.º de Guipúzcoa, por «herida recibida» a mediados de noviembre.

Hasta el mes de mayo prácticamente, todos murieron de enfermedad, no por herida; quizá se luchaba en campos lejanos de Guipúzcoa, y a los heridos los llevaron a otro Hospital.

En los meses de enero y febrero, murieron 73 soldados de enfermedad, de los que 39 provenían del Depósito de Prisioneros de Lazcano. El 18 de julio de 1837 el licenciado José Francisco Mayora, abogado de los Reales Consejos, Fiscal y Visitador en Comisión de la Subdelegación Castrense, inspecciona las Partidas del Libro de Finados, y dice que no están hechas según los modelos requeridos, que nada se adelantaría escribiéndolos en un nuevo Libro por dificultades en la obtención de datos, y por ello, las aprueba, y las da por bien estampadas. Sin embargo les encarga a los Sres. Capellanes que «inquieran sobre las circunstancias que faltan, e inqueridas, llenen los huecos donde hubiere, y donde no, pongan al margen por nota». Igualmente les encarga y manda «a los Sres. Capellanes que lo son, y fueron que en lo sucesivo se acomoden en un todo al modelo del 15 de junio de 1836, y que cuando alguno muera de enfermedad expresen en la partida si ésta a sido natural, o proveniente de alguna causa, la que deberán expresarla informando de los facultativos que asistieron al paciente».

Son contados los casos (cuatro en concreto entre las primeras partidas siguientes a la visita), en los que se detalla que han muerto de enfermedad *natural*. Por otra parte nunca se escriben los nombres de los facultativos.

Con fecha del 15 de junio se habían escrito dos Partidas con un modelo idéntico; copio la primera para compararla con la escrita en la introducción: «El día quince de junio de mil ochocientas treinta y seis Domingo González soldado de la Compañía de Tiradores del Sexto Batallón de Navarra, natural de Villar: hijo de Agustín y de Josefa Falleja, murió de una herida en el Hospital Militar de Guipúzcoa, después de haber recibido los Santos Sacramentos de Penitencia, Eucaristía y Extre-



ma Unción no testó fué enterrado en el campo Santo de dicho Hospital y en fe de ello firme yo el infrascrito Capellán. Antonino de Zumalabe». (Partida 233).

Podríamos ir leyendo todas las partidas, y veríamos que prácticamente no hay diferencias entre las escritas antes y después de la visita de inspección. Sí parece que algunas las rellenaron más tarde, porque hoy todavía se ven huecos para tal fin. Respondiendo a los dos modelos escritos, salvo en casos particulares en los que falta el lugar de nacimiento, nombre de los padres, y otras deficiencias que vamos anotando en este estudio. La principal diferencia consiste en la falta de datos sobre el estado: soltero, casado o viudo, y sobre la provincia y Diócesis a las que pertenecía el soldado. Estas especificaciones comienzan a partir de agosto de 1836.

#### *Año de 1838*

Murieron en dicho Hospital Militar de Vergara, 81 soldados: 20 a resultas de herida en acciones de guerra, y 61 de enfermedad, entre los que se detalla, que un enfermero del mismo, murió «de tifus» y cuatro por fatigas de guerra. Todos murieron en el Hospital, excepto uno (en Cerain), y fueron enterrados en el cementerio de dicho centro, menos cuatro, que lo fueron en el de Elgueta, Anguiozar y Santa Marina de Vergara (2).

Pertenecientes a los Batallones 1.º, 2.º, 4.º, 5.º, 6.º, 7.º y 8.º de Guipúzcoa: 35 soldados.

Pertenecientes a los Batallones 1.º, 3.º, 4.º, 5.º, 6.º, 7.º, 8.º, 9.º y 10.º de Castilla: 17 soldados.

Soldados por Batallón o Cuerpo: Real Cuerpo de Artillería (4); 5.º de Alava (1); 7.º de Vizcaya (1); 2.º y 3.º de Navarra (1), por Batallón.

Primer Escuadrón de Desmontados (2); procedentes del Presidio de Cerain y cadáver de sus minas (2); canjeados (5); enfermeros del Hospital (2); y un soldado por: Inválidos de Lazcano, Depósito de Oficiales de Alsasua, División de Merino, Depósito de Zaldívar, Guardia de la R. Persona de Fernando VII, Escolta de la Generalísima y Junta de Castilla.

Murieron de enfermedad don Miguel Rguez. de Alcántara, Coronel de Infantería, casado, natural de Ciudad de Palma de Mallorca, y don Manuel Ramírez, Capitán de la 5.ª Compañía del 2.º Batallón de Navarra, viudo, natural de Calahorra, canjeado días atrás en Vitoria.



Respecto a los lugares de batalla donde fueron heridos y Batallones que sufrieron sus bajas, podemos decir lo siguiente:

Cinco en el valle de Mena, el 31-1, del 3.º y 4.º de Castilla y 8.º de Guipúzcoa (3).

Cuatro en la acción de Peñacerrada, en junio, del 2.º de Guipúzcoa, y tres del 8.º Batallón.

Tres en la acción de Villanueva de Mena, en abril y diciembre, del 2.º y 8.º Batallones de Guipúzcoa.

Uno cerca de Orio, del 7.º de Guipúzcoa.

Uno el 31-1 en el sitio de Balmaseda, del 8.º de Guipúzcoa.

Uno en Larrasoña (Navarra), el 16 de octubre, del 2.º de Guipúzcoa.

Uno en la Torre de Segovia, el 24-9-37, del 7.º de Castilla.

Uno en las inmediaciones de Bilbao, el 18-6, del 9.º de Castilla.

Uno cerca de San Sebastián, el 27-7, del 1.º de Guipúzcoa.

Uno en Villasana de Castilla, el 18-4, Capitán en el 8.º de Guipúzcoa.

### *Año de 1839*

Este año murieron en dicho Hospital 40 soldados (dos más en camino); 34 de Enfermedad, y 8 por heridas en acciones de guerra. Fueron enterrados en el cementerio del mismo 39, dos en el de San Pedro, y uno en el de Santa Marina.

De los Batallones 1.º, 3.º, 4.º, 6.º, 7.º y 8.º de Guipúzcoa, murieron 13.

De los Batallones 2.º, 4.º, 8.º, 9.º y 12.º de Castilla, murieron 6.

Del Escuadrón de Guipúzcoa, 3; del 5.º de Alava, 1; del 7.º de Navarra, 1; y del Escuadrón Cántabro, 1.

Se detallan otros Cuerpos y personas: Real Cuerpo de Artillería, Primero de Merino, Compañía de Salvaguardas de Guipúzcoa, Obrero de la Maestranza de Oñate, Cuerpo de Inválidos de Guipúzcoa, Asesor (otro Brigadero) de Intendencia, Obrero de la Maestranza de Artillería, soldado procedente de las filas enemigas, Cadete auxiliar de la Tercera División de Operaciones, Capitán del Tercer Escuadrón de Lanceros (otro ayudante mayor), distinguido del Escuadrón Primero de Usares de la Princesa, Contador de la Provincia de Santander.



Como dato curioso, podemos señalar que el cadete auxiliar de la Tercera División de Operaciones no testó; pero declaró que dejaba su caballo y ropa a un compañero, subteniente auxiliar con destino a la División de Guipúzcoa. Se dice de otro soldado «que según declaración de los Físicos, murió el día anterior de resultas de una herida».

Fueron pocas las defunciones a resultas de heridas, producidas en: Cuatro en Ampuero, Valle de Carranza, a primeros de enero, pertenecientes al 6.º y 7.º Batallones de Guipúzcoa. Tres a la altura de Choritoqui, línea de San Sebastián, del 6.º de Guipúzcoa, en marzo del 38; en Ramales, el mes de mayo, del 1.º de Cantabria; en las inmediaciones de Vitoria, del Escuadrón de Guipúzcoa. Este último, Domingo Aguirrezabal, natural de Vergara, cierra el número de partidas de defunción inscritas en el Hospital Militar, y fue enterrado en el cementerio de la Parroquia de Santa Marina.

Un mes más tarde se firmaba el Convenio o Abrazo de Vergara.

\* \* \*

NOTA.—Entre las páginas de este Libro de Finados se encuentra otro de 10 folios, titulado «Libro de Partida de Casamiento del Hospital Militar de Vergara», en la que se ha escrito solamente una.

Con fecha del 25 de agosto de 1838 se celebró dicho matrimonio entre don Casimiro Roa y Rozas, natural de Hinojos de el Marquesado en la Diócesis de Cuenca, de estado viudo, ugiar de Cámara de S.M., con doña Trinidad Erostarbe Elorza, soltera, natural de Oñate, en la Provincia de Guipúzcoa y Diócesis de Calahorra.

Con la dispensa de dos proclamas, asistió y se halló presente al Matrimonio el infrascrito «Presbítero Capellán Castrense Párroco de este Hospital Militar de Vergara y en la Iglesia de el mismo, con licencia expresa del M.I.S. Teniente Vicario General Castrense de el Real exercito de el Señor Dn. Carlos 5.º». Firma José Marcos López.

«A los contenidos en la partida qe. antecede vele al día siguiente inmediato...» Firma el citado Capellán.

Un dato que no pasa desapercibido es el referente al Capellán, que se titula «Párroco» de este Hospital Militar.

\* \* \*



## DATOS Y REFLEXIONES DE CONJUNTO

1.—Hasta el mes de agosto de 1836 se le llama «Hospital Militar de Guipúzcoa», a partir del día 8 de dicho mes «Hospital Militar de Vergara». Este cambio de nombre pudiera sugerir una opinión en el sentido de dos o más Centros en Guipúzcoa. Sigo pensando que éste de Vergara era el de la Provincia, y al prolongarse mucho tiempo dicho establecimiento en la citada Villa, simplemente se le llamó «de Vergara».

Confirma esta idea el hecho de que en cuatro partidas del año 1838, es decir, muy posteriores, se le vuelve a nombrar con el «de Guipúzcoa»; y sobre todo, que es éste el título del Libro a toda plana en su primer folio no numerado.

También es natural que, en casos de guerra, se establecieran locales de emergencia en muchas poblaciones. El hecho cierto es que siguen trayendo heridos de puntos tan distantes como San Sebastián, Andoain, Guetaria, Bilbao, Paso del Ebro y enfermos de la gran mayoría de Batallones y Cuerpos.

Concretadas estas consideraciones, lógicamente interesaría más estudiar el lugar o lugares, juntamente con toda serie de detalles, de la Asistencia Sanitaria desde el año 1833, en que comenzaron las Primeras Guerras Carlistas, hasta el 35, en que se habilitó este Centro de Guipúzcoa en Vergara.

2.—Los capellanes que aparecen como firmantes de las Partidas de este Libro de finados, son los siguientes: Baltasar Elorza, Martín José Pagola, Ignacio María Ardenales, Antonino de Zumalabe y José María Saenz de Viteri. Como se ha dicho, en total firmaron 694 Partidas, (una de ellas repetida, y otra borrada manteniéndose el número).

Ya hemos dicho que la partida de casamiento la firma otro Capellán, José Marcos López.

3.—Se anotan, salvo en casos aislados, el nombre y el lugar de nacimiento del finado (prácticamente de todos los pueblos de Guipúzcoa, desde Irún a Salinas), el grado, la Compañía y el Batallón al que servían, la jurisdicción eclesiástica a la que pertenecían (Motrico, Ataún, San Sebastián... a la Diócesis de Pamplona; Salinas, Vergara, Oñate, Arratia, Erandio... a la de Calahorra, «en Castilla», como se dice una de las veces).

Son sabidas y de sobra conocidas las divisiones que, aún en la jurisdicción eclesiástica, ha sufrido el País Vasco, y las uniones con otros pueblos o nacionalidades. Digamos que no por muy conocido, menos tratable.

Ahora puede ser la ocasión propia para que se realice una circunscripción entre cuatro Provincias, con sede Arzobispal en Pamplona.

4.—La inmensa mayoría de los finados eran solteros, es decir, soldados jóvenes; pocos los casados, alguno viudo. Debemos anotar también a este respecto que el estado solamente se especifica a partir del mes de agosto de 1836.

5.—Prácticamente todas las Partidas dicen «no testó», incluso en las de los casados. Se puede contar con los dedos de una mano, los casos en que se testó. Es cierto que eran jóvenes, y que fuera normal que muchos no contaran con propiedades; quizá a algunos mayorazgos de caseríos no se les llamara a filas, cuando tenían hermanos menores... Sin embargo el dato, no debe llamar la atención,



incluso si nos referimos a los casados, porque según las partidas normales de esta época, eran bastantes los que no testaban (vid. otros Libros de Finados).

6.—Todos los soldados incluso los prisioneros, recibieron los Santos Sacramentos; en las primeras 130 Partidas se especifican los de Penitencia, Eucaristía y Extrema Unción. Alguna vez no se pudo administrar por haber sobrevenido la muerte en el camino al Hospital, o se administró la Penitencia «sub conditione» por el estado demente del enfermo, o en el caso de defunción de un súbdito de religión protestante.

7.—Llama extraordinariamente la atención el número de finados «de enfermedad», sobre todo a partir del año 37; mucho mayor que el de los soldados que murieron a resultas de una herida; y asombra todavía más, si consideramos que eran jóvenes y luchaban en una guerra. Sin duda muchos murieron en tomas de ciudades, acciones de batalla, y puestos defensivos, de suerte que lógicamente serían enterrados en los cementerios correspondientes a esos lugares, y llevaban al Hospital a los enfermos y heridos, como es natural. Se confirma esta idea con el hecho de que en las primeras partidas (sin número marginal), murieron cuatro soldados a resultas de una herida, tres en Leiza y uno en Oñate, y fueron enterrados en las mismas Villas.

Sin embargo el problema planteado sigue sin resolverse. En algunos pocos casos, se dice que murieron «de enfermedad contagiosa», «de viruela», «de tifus», y por «fatigas de la guerra». Probablemente, fueron muchos los casos parecidos, atendiendo a una guerra de hace 140 años, con medios en alguna manera rudimentarios, escasez de vías ágiles de comunicación, epidemias, instalaciones y recetas sanitarias poco desarrolladas para enfermedades, contagiosas o no, etc....

El año 37 murieron en total 208 soldados de «enfermedad», entre los que se contaron 87 prisioneros (56 provenían del Depósito de Lazcano).

Pienso, que estos datos subrayan las explicaciones aportadas

8.—Señalemos también que se detallan los nombres de un determinado número de soldados, pertenecientes a los Batallones 7.º, 8.º, 9.º 10.º y 13.º de Castilla, cuando Bonilla cita solamente a seis como componentes de la guerra (el 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º) en su libro «La guerra civile en Espagne, Bayona, a. 1875, pp. 47-48, referencia recogida en el artículo «Carlismo» de la Enciclopedia Ilustrada del País Vasco.

Este dato, juntamente con todos los detalles de los Batallones, Escuadrones, Servicios Auxiliares, etc., que hemos ido anotando, creo que dan pie para hacer una revisión del total de las Fuerzas Carlistas, tomando como pauta la estimable clasificación establecida por el dicho del Sr. Bonilla y que hacía referencia al año 1839.

9.—Muchos soldados fueron enterrados en el «campo santo» del Hospital Militar de Guipúzcoa; en Vergara se dice que dicho Centro Sanitario, con su lugar de enterramiento, estaba instalado en terrenos que actualmente ocupa la Empresa Algodonera de San Antonio; no he podido certificarlo por medios documentales. Otras veces, se lee en las partidas que fueron enterrados en el «campo santo» de la Iglesia Parroquial, de la de San Pedro, de la de Santa Marina, en la Villa de Vergara, refiriéndose sin duda éstos a uno mismo.

10.—En el libro se encuentra un pequeño recorte de papel, en el que se escriben algunos nombres con su graduación, sin ningún otro dato complementario, en la siguiente forma:



Subte.	Dn. Esteban Friera Dn. Diego Sanz	Subte.	Dn. Manuel Sañudo Dn. Juan de los Reyes
Coronel	Dn. Alberto Osterman	Coronel	Dn. Julián Billicampa Dn. Ignacio Mesías
Comandte. 2.º	Dn. Lorenzo Peralta Dn. Sergio Pérez	Subte.	Dn. Manel Azua
Capn.	Dn. Manuel Aguado	Captan.	Dn. Marc (?)
Capn.	Dn. Manuel de Vierna		

Se encuentran también quince notas en papeles sueltos con datos sobre la naturaleza, enfermedad, sacramentos recibidos, y muerte de algunos soldados. Otras dos cartas del año 1850 pidiendo una partida de defunción; y una más de 1846 buscando datos concretos de José González, «rebotado en la jornada precipitada», y que en una P. D. final dice que fue desde Oñate a Vitoria, de 24 leguas y horas; los quieren para resolver la exclusión «del otro hijo único».

11.—¿Hubo otro Hospital Militar en Guernica? Hay otra carta todavía, fechada en Madrid el 29 de marzo de 1851 y dirigida a don Pedro de Medina, cura Párroco del Hospital Militar, en la que se piden datos de don Antonio Arteaga que «nos han dho. que ha muerto también, de resultas de las heridas en ese Hospital, o en el de Garnica...».

En este Libro de Finados he encontrado con alguna frecuencia erratas en la redacción de poblaciones o nombres vascos, y al mismo Párroco don Pedro se le apellida en esta carta «de Medina», cuando en otra de 1850 «de Madina». Efectivamente don Pedro Tiburcio de Madina era por estos años Párroco de la Iglesia de San Pedro de la Villa de Vergara. Pienso así que se habla de Guernica, y probablemente de otro Hospital Militar tratándose de heridos de guerra.

Y volviendo al de Vergara podemos preguntarnos: ¿Continuó el Hospital como tal Centro Militar? Las partidas de Finados terminaron el año 1839, pero a don Pedro Tiburcio de Madina se le denomina en dos cartas del año 1850, fechadas en Madrid (10 y 15 de junio) y firmadas por Lorenzo Youve, «Cura Párroco Castrense de Vergara» y «Cura Párroco de Vergara»; y en otra fechada también en Madrid el 29 de marzo de 1851, «Cura Párroco del Hospital Militar de Vergara». Por otra parte y como hemos dicho, en 1851, es decir 12 años más tarde que las últimas Partidas del Libro de Finados en cuestión, se habla de don Antonio Arteaga que «ha muerto... en ese Hospital».

Todo esto hace pensar que el Hospital Militar continuó con sus servicios algunos años, bajo la jurisdicción de don Pedro Tiburcio de Madina, titular de la Parroquia de San Pedro de dicha Villa.

*Vergara, 19 de julio de 1978*  
*Imanol Sorondo Irigoyen*